

# universo centric

Cualquier cosa, menos quietos

Número 97 - Junio de 2018 - Distribución gratuita [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)





# Hegemonía electoral



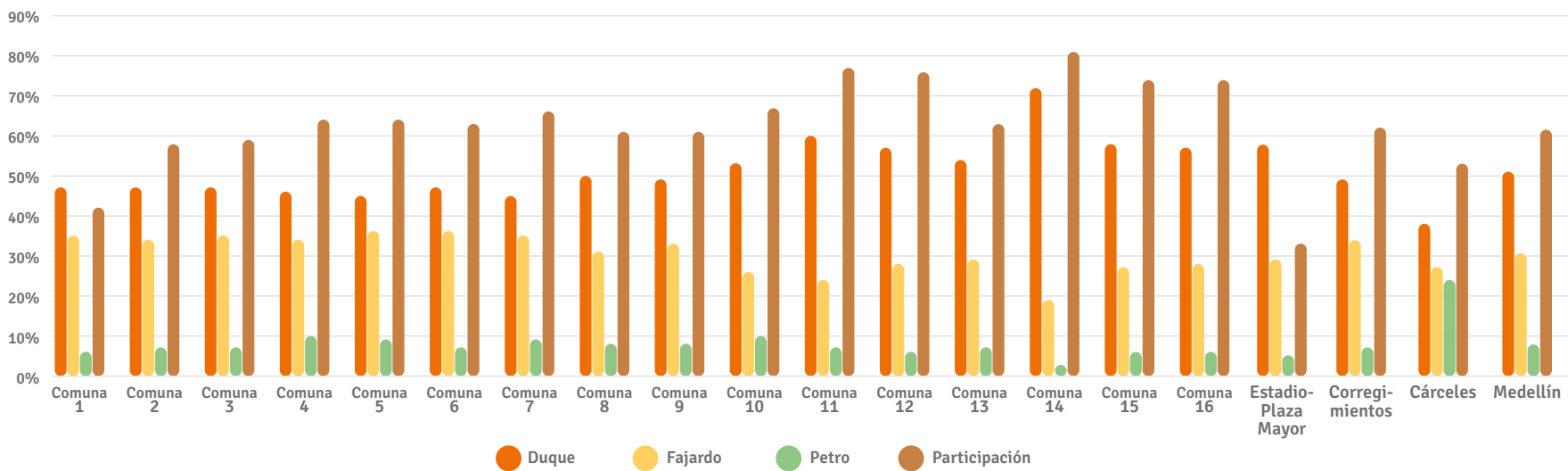
Medellín estuvo entre las cinco capitales con mayor participación electoral en la primera vuelta del pasado 27 de mayo. Más del 63% de los ciudadanos habilitados salieron a votar, solo Tunja, Bogotá y Manizales mostraron más disciplina en busca del tarjetón. En Medellín a los votantes no los mueve la maquinaria sino la imagen del caudillo, la silueta del elegido señalando a su elegido. Para la primera vuelta presidencial aparecieron en los cubículos 243 637 votantes nuevos en comparación con las elecciones de Congreso del 11 de marzo. Aquí se vota del mismo modo que se va a la iglesia, con la estampita santa en la billetera, compromiso indeclinable y temor al futuro.

Medellín votó en primera vuelta como si fuera segunda y las opciones se limitaran a dos posibles candidatos. Duque y Fajardo

sumaron más del 80% en todas las comunas y corregimientos, Petro solo pasó del 10% en las cárceles y Vargas Lleras y De la Calle siempre pelearon el cuarto puesto con el voto en blanco. El que dijo Uribe sumó casi la mitad de los votos en todas las comunas y llegó al 72% en El Poblado (donde la participación fue del 81%) y al 60% en Laureles. En la 13, con recuerdos de una escabrosa operación, Iván Duque obtuvo el 54%, un punto por encima de porcentaje que logró en el total en Medellín. En el norte de la ciudad, a lado y lado del río, donde se extienden las comunas 1 a la 8, Medellín votó casi exactamente igual, los mismos porcentajes para Duque (46%), Fajardo (35%), Petro (8%), con la simple anomalía de una votación muy baja en la comuna 1. Hacia el sur crecen los porcentajes para Duque, bajan para Fajardo y Petro comienza a pelear su lugar con el voto en

blanco o con De la Calle. Extraña que Fajardo tuviera más apoyo en los demás municipios del Área Metropolitana que en el de Medellín donde fue alcalde.

Políticamente somos una ciudad homogénea y monótona, además de monotemática, aquí el uribismo es legión sin importar estratos y el candidato ganador tiene que haber nacido en la “tierrita”, o al menos imitar el acento y calzar el poncho, como primer requisito. Entre nosotros el voto es también una especie de veto, la advertencia de un grupo que decide cerrar filas, la demostración de una supremacía. Solo un dato muestra posibles cambios: en el 15 o 20% de las mesas donde votan los más jóvenes, las mesas menos concurridas y más atípicas, se vota distinto, el candidato señalado pierde su hegemonía y se marca con menos miedo y menos devoción. Ya veremos si vendrán elecciones con un patrón distinto. ©



## DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

## EDITOR

– Pascual Gaviria

## COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufasio Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

## CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

## ASISTENTE

– Sandra Barrientos

## DISTRIBUCIÓN

– Didier, Gustavo y Simón

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 97 - Junio 2018

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



universocentro

# Paisaje con gallinas

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografía: Juan Fernando Ospina



No es justo que grandes plumas hayan denigrado de la gallina, después de haberla usado como insumo suculento para sus metáforas. Además, se sabe de buena fuente que varios de esos genios, como Shakespeare o François Villon, fueron aficionados en sus años de buscones a robar gallinas. Ambos eran hijos del arroyo, y algo tenían que comer mientras ganaban fuerzas para vivir del cuento. Tal vez nutrieron su vena poética con gallinas de campo, libres y quiquiriqueras; no como las de galpón, hacinadas y anónimas. Aquellos poetas clásicos se valieron de la gallina para hablar de la cobardía o de la imbecilidad de los humanos. Acá en el trópico, mientras tanto, algún bardo criollo, como Nicolás Guillén, tuvo piedad por sus vecinas de solar. ¡Ay, señora, mi vecina, se me murió la gallina! Con su cresta colorada y el traje amarillo entero, ya no la veré ataviada, paseando en el gallinero, pues señora, mi vecina, se me murió la gallina, domingo de madrugada.

Fuera de unos pocos cuentos que le hacen homenaje, la gallina en literatura se relega a un papel secundario. Horacio Quiroga le puso un título a un relato: *La gallina degollada*, pero como intuye el lector, no se trata de la historia muy edificante. La gallina aparece siempre de fondo, como parte del decorado, nunca en primer plano como sí lo están los gatos, los perros y hasta las comadrejas. De pronto hay fábulas tontarronas por ahí, versos chuecos, pero nunca una epopeya de gallinas, como las que se escribieron sobre otras especies domésticas, la rata, por ejemplo, en la antigua Grecia.

Para describir a una señora que conocía, Clarice Lispector dijo que: “Era voluminosa y olía como las gallinas cuando llegan medio crudas a la mesa”. Si esto puede ser un insulto depende de la estima que le tengamos a las gallinas. Lo cierto es que sin tener pruebas se las ha puesto como ejemplo de idiotez o de presunción. Se las adivina como “unas señoras muy aseñoradas, con muchos remiendos y ninguna puntada”. En otros casos, hasta su puntualidad para dormir sirve para desdeñar al obrero madrugador que se acuesta con las gallinas. Con todo y eso, los cacareos contra esta noble ave se deshacen ante la perfección de su obra maestra: el huevo, esa forma prodigiosa que tanto encantó a los alquimistas, y que ni siquiera el tetrapack ha podido superar.

Para ilustrar su decepción por la raza aviar, Sherwood Anderson dice en su cuento *El huevo*: “Entonces las gallinas ponen huevos de los que nacen nuevos pollos y así se completa el espantoso ciclo. Es todo increíblemente complejo. La mayoría de los filósofos deben haberse criado en granjas de pollos. Uno pone muchas esperanzas en un pollo y sufre una desilusión espantosa. Los pollitos, apenas iniciado el camino de su vida, parecen muy despiertos y brillantes,

pero en realidad son de una estupidez espantosa. Se parecen tanto a las personas, que nos confunden en nuestros juicios acerca de la vida. Si la enfermedad no los mata, resisten hasta cumplir en todo las expectativas de uno y entonces se arrojan bajo las ruedas de un carro para morir y regresar aplastados a los brazos de su creador”.

Por un error de apreciación también se ha llegado a decir que las gallinas no tienen conciencia del tiempo, o que no saben que existen, como diría Kant. Pero igual se podría afirmar que ellas viven en un presente eterno, como dice San Agustín que vive Dios, en una eternidad por fuera del tiempo. Así que las gallinas, en ese sentido son más divinas que humanas. Y saben tanto que hay quien dice que saben a pollo.

Cuando uno mira el ojo de una gallina, creo que se entiende en qué tiempo viven. Es un ojo atónito que parece no parpadear, pero lo hace a una velocidad infinitesimal. Como las ruedas que parecen quietas cuando están girando a gran velocidad. Y qué no diremos del pico que traza diminutas líneas cortas pero seguras, antes de punzar a su lombriz. A esta manera de moverse se la confunde con la altivez o la soberbia.

Se esgrime para justificar su presencia discreta, que una gallina, a pesar de ser mansa y doméstica, es menos lista que los felinos o los cánidos, pero cómo se nota que no han conocido gallinas perspicaces como una que conoció Paul Auster, y que él recuerda en las memorias de su programa de radio. Era capaz de rastrear el camino, reconocía la casa de su ama y tocaba la puerta con el pico para que le abrieran. La estulticia de la gallina queda desmentida, aunque falta todavía una defensa seria de su presunta cobardía.

Para explicarla, corre la versión de que el mito no se empolló en una granja sino en una cancha de fútbol. Después de que River perdió la Copa Libertadores, en el 66, luego de tenerla en la molleja, con un marcador de dos a cero, el equipo se acoquinó y le empataron. Cuando volvió a jugar, en la cancha de Banfield, algún cronopio tiró a la cancha una gallina con una cinta roja cruzada al pecho, como alusión a la cobardía de los rivales, que desde entonces se conocen como las gallinas de River. No se sabe aún qué suerte corrió el ave que enfrentó con tanto coraje al corral de fanáticos.

En el cine también se la discrimina. Walt Disney jamás arriesga con sagas de gallinas. Si aparece el gallo Claudio, con susurro amanerado, es un detalle para ambientar. Aparecen gallinas en las cintas de Werner Herzog, el director alemán, aunque siempre es la misma situación que retrata otro director alemán en su teatro, Bertold Brecht. Es la escena de la gallina tonta a la que hipnotizan con un círculo de tiza, ya sea para matar el tiempo de unos soldados en la retaguardia, o para dirimir una disputa por tierras. En esas estampas la gallina no tiene voz ni voto, es víctima de un hechizo, como todo el pueblo alemán ante su hipnotizador: el ario del bigotito infame. Apenas un canadiense, Norman Mac Laren, se atrevió a poner una gallina como protagonista de una cinta, aunque vale decir que es solo un corto, *The hen*. Como vemos, una sola gallina no hace verano. Y ese filme ya se olvidó, como se olvida el aroma de una sopa.

Fue acaso una argentina, la doctora Olga Yina Gillot, la primera en descrestar con su ponencia sobre maternidad de gallinas. Ocurrió en el paraninfo de la Alma Mater, al clarear este siglo, Olga Yina contó, en parodia local, que, a pesar de que nuestra ave doméstica es la más numerosa de la tierra, y que superaba los dieciséis mil millones de ejemplares, la mayoría de ellas nacían de manera artificial, en incubadoras. Esto a la postre iba a ser pernicioso para la salud. Defendía al pollo natural al que las gallinas cluecas alumbran con su propio cuerpo, y no con la atroz bombilla que calienta no solo los huevos sino el planeta entero. Y así llegamos al tema manido, dado que la gallina, según dicen los manuales populares, se come con la mano. Ahora me acuerdo de una visita a la casa de las hermanas Barreneche, en Caldas, Antioquia. Mientras apuraba un sancocho de gallina criolla, estas viejas, que no se cocían en dos aguas, me contaban sus dichos sobre gallinas. —¿Qué dijo una gallina un domingo —me preguntaron— cuando vino llegar a una tracamanada de gente? —Ni idea... —¡Pa la muerte no hay remedio, ponga el agua a calentar! —¿Y qué dijo otra gallina más sentenciosa y achantada? —Visita anunciada, gallina matada. De vuelta al galpón de los filósofos, también se sabe que estos abusaron de las gallinas en sus pesquisas sobre el origen del mundo, mientras decidían, en esas tardes de Bizancio, qué había sido primero: si ellas o el huevo. Por lo pronto, no volveremos sobre aquellos cloqueos. Será más práctico leer esa fábula de Esopo, *La gallina de los huevos de oro*, o ver si montan una ópera que rescate el honor perdido del gallinero. Se me ocurre Carmina Gallo en la voz soprano, aunque entiendo que esta cantatriz ya goza de buen retiro. “Cocoroyó cantaba el gallo”. ©



# El carrito de la mucama



originales. Pensó que era eso y se fue convenciendo a sí mismo: “Si es para eso pues que los piquen, y ya”.

En la tarde pudo trabajar un poco. Al final del día casi había olvidado el asunto y hasta disfrutó de los chistes de sus compañeros de oficina. Llegó a casa muy cansado, se recostó en el sofá de la sala y se durmió.

Despertó a las tres de la madrugada; antes de pasarse a la cama oprimió el botón de los mensajes del contestador. Tenía tres, eran de la organización, iguales al anterior, pero el último decía al final: “Le tenemos una noticia que debemos comunicar a usted antes que a los medios”.

Sintió una alegría poderosa seguida de un ataque de dudas e incredulidad. Buscó una copia del libro enviado y comenzó a leer al azar:

## Bocas de Satinga

La selva se desgrana por hilos de arcilla y agua. En lentas balsas bajan las trozas buscando el mar. Sobre la balsa que se desliza en la lenta corriente hay encendida una hoguera, los leños de mangle están húmedos y el humo envuelve las fantasmales formas de los bogas. En la marmita de peltre se calienta el café, llueve, llueve el aire... Se respira el agua... la balsa avanza. Chaquiro, Sajo, Amarillo, Cedro, Tangare, Comino, Flor Morado y Chanulí. Tantos años erguidos; como casa de pájaros, camino de ardillas, trapecio de micos, sombra de orquídeas, filtros de luz... La balsa avanza en un cortejo fúnebre hacia Bocas de Satinga.

“Es bueno”, se dijo, y otra vez pensó que era el ganador del concurso; volvieron las tristezas porque su padre, tan buen lector, no había alcanzado a leer una sola línea escrita por su hijo. Leyó otro poema:

## Al lado del consulado

Mientras yo pienso en ella  
ella piensa en él.  
Mucho mejor,  
Así estaré libre de ella  
y podré amarla sin que su amor me estropee.  
Podré gozar de saber, sin ser sabido.  
Podré soñar con su lado,  
mientras no esté a mi lado.  
Podré morir de amor sin causar molestias.

“Es flojo, un lloriqueo” y se dejó arrastrar por la duda, volvió a creer que todo era una ilusión de su vanidad, que los concursos no deberían existir. Se durmió sumido en una tristeza agobiante.

Riiin, riiin, riiin...

Salto de la cama y voló hasta el teléfono,

—Aló.

—¿Habló con el señor Zapata?

—Sí.

—Soy María Luisa Ortega de Riosucio, del concurso de poesía. Le he dejado varios mensajes.

—Sí, gracias, no he podido responder.

—Bueno al fin puedo darle la noticia: felicitaciones, ha ganado el concurso de poesía.

—...

—Aló, señor Zapata, ¿me escucha?

—Sí, gracias, ¿qué debo hacer?

—¿Está bien?

por JOSÉ ZULETA ORTIZ

Ilustraciones: Fragmentaria

—Sí.

—Voy a enviarle unos formatos de sesión de derechos para la publicación del libro y otros que debe llenar para tramitar el pago. También una invitación para la presentación del libro y la entrega del premio que será en el mes de octubre.

—Gracias.

—También necesitamos su autorización para dar su número de teléfono y su correo, lo van a llamar los medios de comunicación que cubren el concurso.

Cuando colgó se derrumbó sobre una silla y lloró. No era de alegría, eran la desesperanza y la fatiga acumulada durante cuarenta años que se abrazaban a reír y a llorar. Presintió que tras esa llamada, mutaba de la serenidad de la tortuga a la fragilidad de un ave vistosa. Pero, por encima de todo, lo sobrevolaba un orgullo silente, íntimo, que le daría la fuerza para soportar el rótulo de poeta. Recordó una adivinanza que él mismo había inventado en la alegría irresponsable del aguardiente: “Hay tan poquitos y son tantos”.

Llegaron los formatos, las notas de prensa y las lecturas en librerías y casas de la cultura. Fue invitado al Festival Internacional de Poesía de Medellín, “el más prestigioso del continente americano”, según decían los organizadores.

Durante la recepción del premio, a la que asistieron el alcalde y el secretario de Cultura, alcanzó a percibir la ira reconcentrada del poeta que quedó segundo; Adalberto se llamaba, un legendario poeta de Manizales que lo increpó diciendo: “Y usted quién es, de dónde salió, qué ha escrito”. En el diploma había un error en el título del libro, cambiaron la palabra súbito por súbito. De tal modo que quedó: *Las alas del súbito*. El poeta de Manizales, profesor de castellano él, dijo con una picardía que lo llenó de regocijo: “Súbito del latín *subitus*: dicese de lo que se produce de pronto, sin preparación o aviso”. La alegría comenzó a diluirse y se transformó en vergüenza y fastidio. Le pidieron que leyera. Leyó las palabras urdidas la primera noche. Luego leyó algunos poemas; el lloriqueo de despecho fue lo que más gustó.

Una dama con tres aguardientes en la cabeza comenzó a mirarlo de manera oblicua y a respirar con dificultad. Al día siguiente regresó entre envanecido y triste. Se sentía un ser expuesto; alguien a quien había sido robado el anonimato, su tesoro.

Tres meses más tarde llegó al Festival Internacional de Poesía de Medellín. El Hotel Nutibara está en un sector que antes fue la zona rosa. En una ficha sobre su historia se lee: “El Hotel Nutibara alojó célebres huéspedes: Jorge Eliécer Gaitán, Débora Arango, el Cordobés, Gabriel García Márquez, Pelé, Willie Colón, Chavela Vargas y una larga lista de ilustres personalidades. El edificio es un ejemplo de la arquitectura modernista de los años 40, en el cual prima el *art déco* norteamericano de Paul Williams, quien fue su arquitecto”.

Los pisos cuatro, cinco y siete del hotel fueron alquilados por los organizadores para alojar a los ciento y tantos poetas provenientes de cinco continentes.

La habitación era espaciosa y alta, con un gran baño de baldosines octogonales que le recordaron los cuadros de Karen Lamassonne. Lámparas de luz indirecta empotradas en las cornisas, mármol verde, arañas de alabastro en los pasillos. Salas de estar en cada piso amobladas con sillones de cuero de formas redondas. Al fondo la terraza, una piscina y un bar.

En el libro sobre el hotel leyó que en los años cincuenta lo más elegante en la ciudad era dar la fiesta

de matrimonio en el Nutibara y pasar la noche de bodas en una de sus *suites*. Como el recital del primer día era en la noche, José aprovechó para dar una vuelta por los alrededores. Salió y dobló a la derecha. Acto seguido se vio adentro de un griterío, la arrolladora voz de los voceadores de chucherías: “Se le tiene el resort, el empaque de la pitadora, la rejilla anticucarachas, la piedra de amolar, el destapador, la lupa para la letra menuda, veneno matacomején, remedio para los piojos, crema para los hongos, agujas capoterias, hule para el niño que se orina dormido, Diablo Rojo para destaquiar, astillas de canela para el mal aliento, dados, naipes, sombrillas, herramientas, de todo hay, nuevo o usado según su presupuesto”. Aturdido por aquella enumeración caótica de la miseria, avanzó. Lo que siguió fue el bazar de la inmundicia, un caos de ventas de frutas y verduras en plena putrefacción, parches de bazuqueros entregados al humo mágico de sus pipas hechizas. Todo expuesto en los andenes frente a macabros hotelitos y residencias. En la puerta de Residencias Medellín dos muchachas, casi niñas miraban al piso, mientras eran ofrecidas por una ambigua mujer: “Mis sobrinas, cero kilómetros, dese el gusto, cien mil lucas”.

Regresó al Nutibara. Un joven, que vestía una camiseta con la palabra Logística estampada en la espalda, le entregó una bolsa de tela, adentro había un afiche, una revista con las memorias, una libreta, un bolígrafo y un vale para la cena de esa noche. —¿Y la programación? —preguntó José. —Estamos en eso. A las cinco lo recogen en la puerta para su primer recital.

En el auditorio de Bellas Artes había cuatro personas. Los poetas eran tres. Primero leyó José, luego leyó una polaca en español, unos poemas ininteligibles: “La luz cuenta, flor, inundaciones, muda la urna, ya pasó, todas somos asesinas, venta de tiempo, minutos a domicilio, riiin riiin riiin”.

Una muchacha aplaudió frenética.

Luego leyó un poeta cuyo seudónimo era Malalettra. “Voy de bruces a la noche como quien se arroja en las fauces de un largo escualo y deja que este navegue en sus oscuras aguas. A esa hora suelo llevar en mis manos el calor de tu cuerpo brevemente acariciado, intuido apenas en una exploración inconclusa, pero con los mensajes aborígenes de esa tribu a la que aún no me ha hecho renunciar esta civilización”.

La polaca lo miró aturrida y dijo: “Pura retórica, consignas políticas”.

Un muchacho aplaudió, Malalettra infló su pecho, parecía un esponjado de curuba. Hizo un giro que remató con un desplante de torero y salió triunfal sobre los hombros de su propia vanidad.

En la noche, luego de la cena, había una fiesta a la que José evitó ir. Prefirió quedarse solo en la terraza. Al final de la segunda cerveza llegó como una aparición la poeta polaca.

Ella le preguntó por Bocas de Satinga, él le contó que había vivido cerca a ese lugar en una isla.

—Me gusta tu poesía, es algo diferente —dijo ella.

—La tuya también, es diferente —respondió él.

—Me gustaría regalarte mi último libro, es una edición bilingüe, vivo en México.

La polaca era blanquísima, sus labios muy rojos y su cabello oscuro, oscuro. Rasgos gitanos; llevaba gafas gatunas, un diseño de los cincuenta que la hacía coherente con la arquitectura del hotel.

Se tomaron un par de rones y fueron a la fiesta, bailaron; ella gozaba con el baile, aunque torpe, se divertía más que ninguna. El Nutibara parecía una torre de Babel, todos los idiomas eran apabullados por el ruido de la música. Trataban de entenderse en terceras lenguas. La polaca y José hablaron hasta tarde conectados por una mutua simpatía.

—Deberías ir a México, tus poemas son muy buenos, hay un festival importante en Aguas Calientes —dijo ella.

José pensó en ese viaje, y en las Aguas Calientes.

—Te puedes quedar en mi casa. Dame tu libro para llevarlo y presentarlo a los organizadores.

Al día siguiente durante el desayuno, después de mucho pensar, José puso sobre la guarda del libro la dedicatoria: “Que la luz de estos versos alcance la luz de tus ojos. Con certera esperanza, José”. Ella tomó el libro, leyó la dedicatoria y lo llevó a su pecho, luego le dio un beso.

Los siguientes dos días no pudieron verse, estaban programados en lugares diferentes y ni siquiera coincidieron en el restaurante. Le dejó una nota en recepción. Ella la correspondió contándole que se iba el sábado, dejó los datos de su casa en México, el correo, y le aseguró que lo haría invitar. José comenzó a pensar que sería leído en México, que era la posibilidad de que su trabajo traspasara fronteras. Imaginó una edición mexicana de sus

próximos libros, pensó tener, al fin, un amor con alguien afín a él.

El viernes se vieron por última vez en la fiesta de cierre del festival, volvieron a bailar, ella le regaló su libro bilingüe. Durante el festival los poetas intercambiaban sus libros, José no supo a qué horas tenía diecisiete libros y cuatro revistas de poesía en su habitación, casi todos dedicados por sus autores. Él solo había regalado tres, llevó cuatro de los cinco que recibió en Riosucio. Tenía planeado leerlos con calma, en soledad y en silencio: “Como debe ser”. Compró una caja y los empacó con cuidado como si llevara un tesoro.

El sábado cuando bajó a desayunar preguntó por la polaca, le dijeron que tenía vuelo muy temprano y ya se había ido. Se sintió un poco desolado por no poder despedirse; se consoló pensando en que a esa hora su poesía viajaba hacia México en las manos de una enviada del dios de la poesía que lo haría conocer en la patria de Rulfo. Recordó el gesto y el amor con el que la polaca se llevó el libro a su pecho como si se tratara de una criatura entrañable. Alegre y confiado se dispuso a hacer su maleta. Le quedó tiempo para tirarse boca arriba en la cama, tuvo una última ensoñación, recordó los ojos de la polaca, y la promesa de Aguas Calientes.

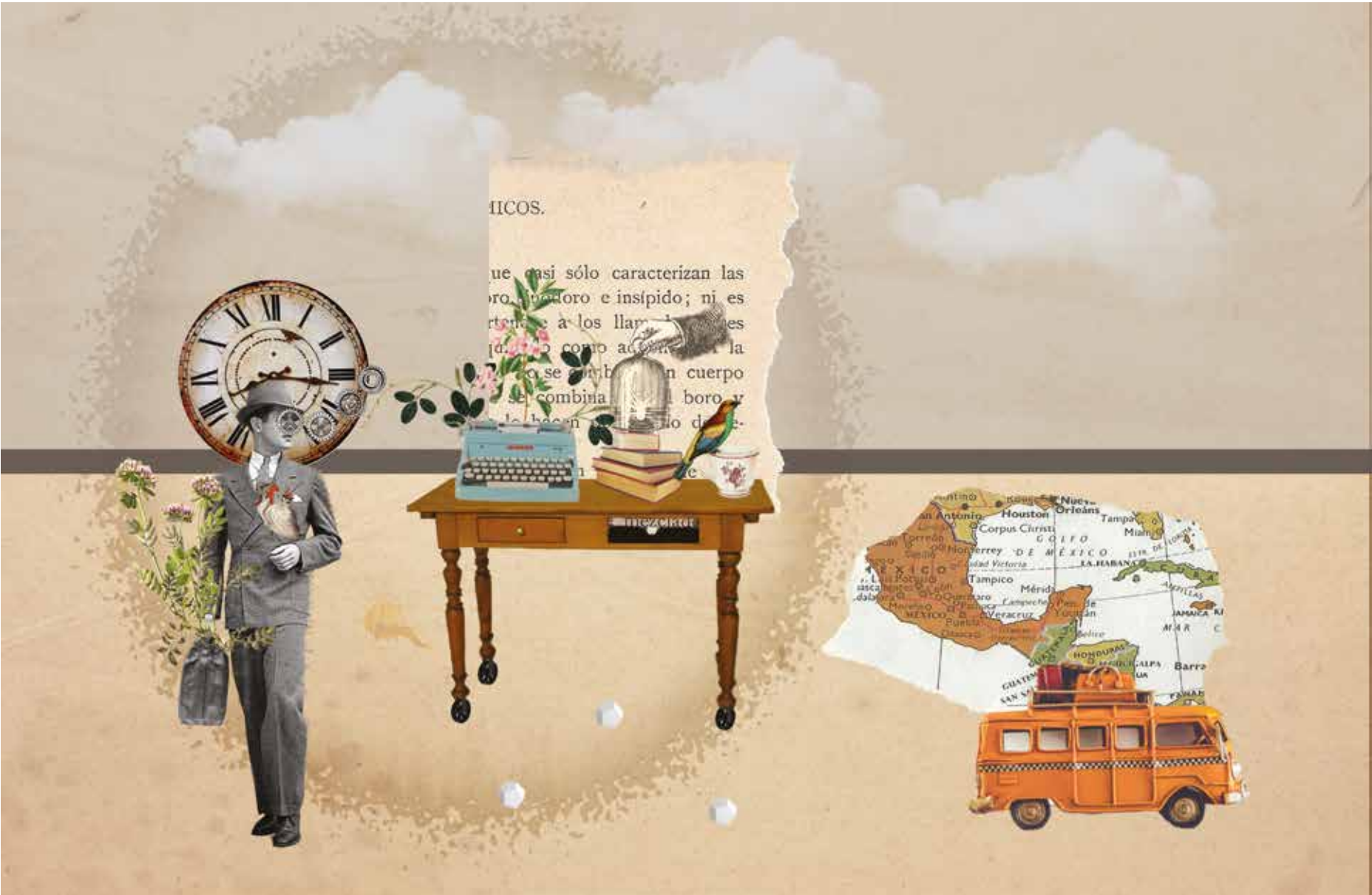
Tocaron la puerta, era la mucama preguntando si podía arreglar la habitación. José calculó que en media hora iban a buscarlo y le dijo que sí; salió de la habitación y se sentó en la salita del pasillo a esperar que fuera la hora de bajar para ir al aeropuerto. La mucama entraba y salía de las habitaciones, le tomaba nueve minutos arreglar cada cuarto. Cuando terminó, pasó empujando su carrito con las toallas sucias, la ropa de cama y la basura de las habitaciones. José estaba pensando en lo que eso significaba, poetizando sobre el asunto, cuando vio algo que le llamó la atención. En la parte baja del carrito que empujaba la mucama había cerros de libros apilados.

La detuvo.

—¿Esto qué es?

—Son los libros que dejan los poetas. Todos los años es lo mismo. Nos toca bajarlos para que se los den a los recicladores, son pesadísimos. ¿Quiere alguno?

José, arrodillado sobre el mármol, buscó entre los arrumes de libros. El último del tercer arrume era *Las alas del súbito*, en la guarda leyó: “Que la luz de estos versos alcance la luz de tus ojos...” ☺





# Tratado fallido sobre la ensalada del guaro

por ERREMORA

Ilustración: Sr. Ok

Cuando se es un insignificante alumno de colegio público que vive en un barrio popular del norte, y la mesada que le da su padre no alcanza para la cerveza porque debe pagar cuatro pasajes diarios para ir al colegio bien al sur y luego volver a casa, uno debe buscar salidas para aliviar la sed recurrente de su garganta de roquero. Durante el segundo semestre del 84, trabajé los fines de semana, junto con un amigo del barrio, en la cocina de una enorme discoteca en decadencia, y decedente, de la ciudad de Medellín.

No hablaré de esos personajes anónimos del mundo malandro de Medellín que pasaban por allí, ni de esos lazos gruesos de oro que colgaban de sus cuellos y les llegaban hasta la mitad del pecho que una camisa con la botonera abierta dejaba ver. No hablaré del hombre guajiro que una noche llevó a toda la familia y se cruzó de brazos en la cabecera de la mesa, se limitó a mirar, nunca habló mientras sus casi veinte invitados vaciaban botellas de ron, fumaban Marlboros y se lanzaban a bailar alegres y gritones.

No hablaré de las parejas que se refugiaban en la oscuridad de las mesas de la sección de reservados, ni hablaré de las historias que llegaban a la cocina en boca de un mesero excitado, narrador de las hazañas de un afortunado que le chupaba las tetas a su novia en la

mesa veintisiete. Luis, mi compañero de labores, tiraba su cuchillo dentro de la poceta y salía corriendo al salón porque quería ver aquellas tetas deliciosas.

No hablaré de todo el VAT 69 camuflado en Coca-Cola que tomaba gratis después de terminadas mis labores, sentado en el rincón más alejado y oscuro de la barra. Tampoco diré nada del aroma del líquido con el que el hombre del aseo trapeaba unas horas antes de que la discoteca abriera puertas. No, no hablaré de ello, ni del mundo extraño que mis ojos de roquero del Aburrá norte veían bailar al ritmo de Pastor López, Rodolfo Aicardi o el Binomio de Oro, bajo las luces de una pista atestada de parejas. No diré palabra alguna sobre el olor dulzón que despedía el líquido de la máquina de humo, ni de las figuras que flotaban entre los rayos de luz estroboscópica y mucho menos hablaré de las muecas de felicidad que veía en aquellas caras. La pista siempre ardía en su furor. Yo, mientras tanto, intentaba escribir canciones sobre la guerra nuclear en el papel abierto de una cajetilla de cigarrillos Derby, que mis dedos habían desbaratado con paciencia. Tampoco hablaré de ese asunto. Hablaré, sí, de las cientos de ensaladas para el guaro que preparaba antes de ganarme

los vasos de VAT 69 completamente gratis que me servía un barman generoso.

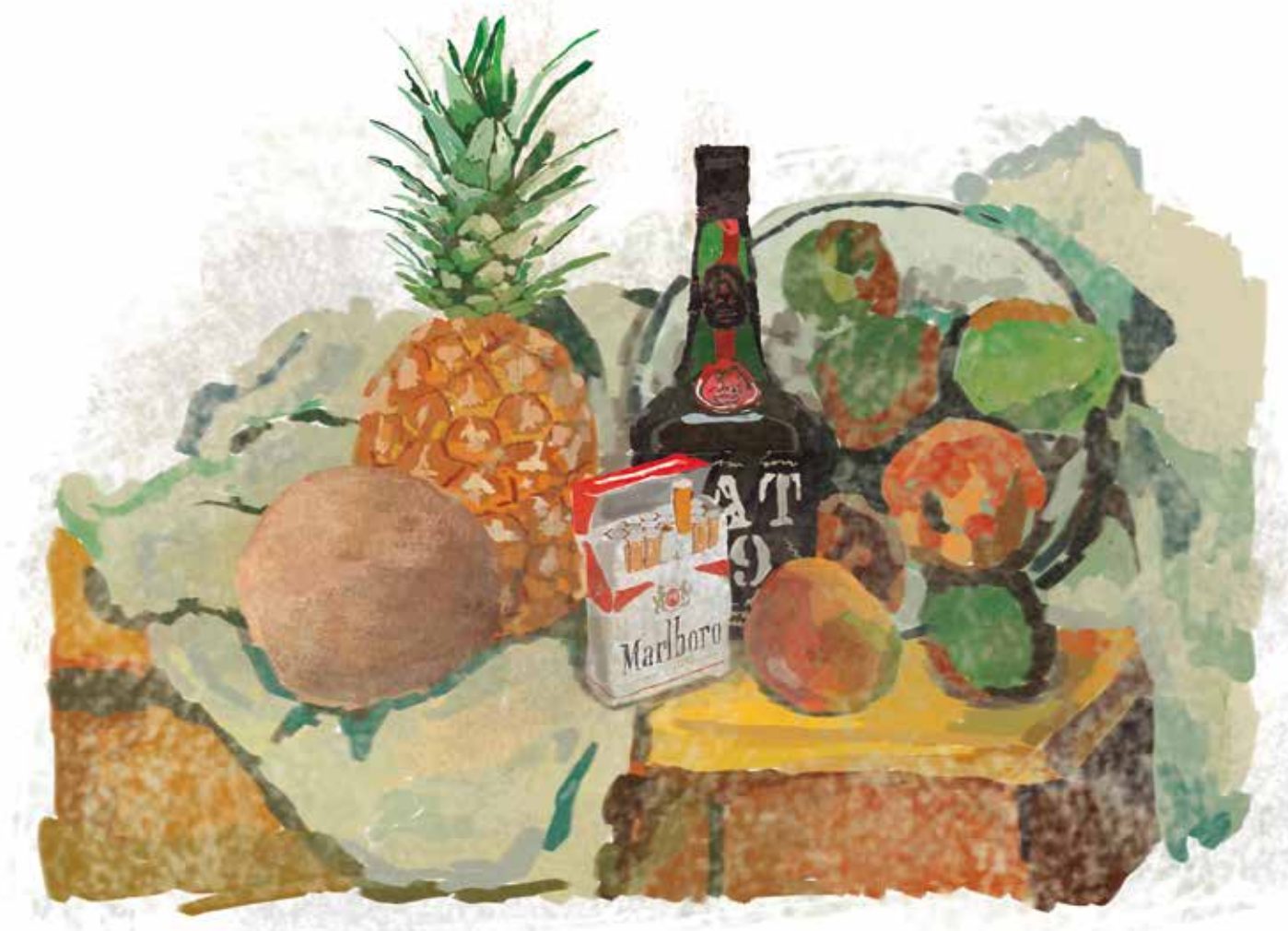
Cada viernes, a eso de las cuatro y treinta de la tarde, el administrador de la discoteca, Luis y yo, llegábamos en un taxi al mercado de la calle Tejelo. El mercado estaba al aire libre, el vocerío de la gente se levantaba al cielo y casi apagaba el rugir de los motores de los buses que bajaban por la Avenida de Greiff. El administrador bajaba del taxi, abría su manicartera, sacaba una cajetilla y encendía un Marlboro. Luego empezaba a caminar entre los montículos de frutas y verduras que los vendedores ofrecían con sus gritos. Luis y yo caminábamos tras él y el humo de su cigarrillo a veces se metía en mis ojos. El tipo señalaba las naranjas, los mangos, las piñas y los cocos que debíamos meter a un costal de cabuya. Pagaba con billetes que sacaba de la manicartera, botaba al piso la colilla y regresábamos al taxi que nos esperaba fuera de la calle.

Sí, naranjas, mangos, piñas y cocos. No era muy sofisticada la ensalada que preparábamos. Al fin y al cabo, era solo para maridar aguardiente y ron de tres pesos. Era aquella una ensalada rudimentaria, tosca y clásica, para la cual se debían seleccionar las frutas con el ojo de un experto. Una ensalada sin mucha valoración en el mundo *gourmet*, pero sin la cual nadie sería capaz de afrontar una bebeta de grandes proporciones.

Si ustedes visualizan un cuenco de la ensalada en cuestión, verán en

sus mentes una especie de naturaleza muerta en forma de flor, compuesta por cuatro cascos de naranja dispuestos en cruz, cuatro triángulos de piña, varias julianas de mango alrededor y cubitos de coco dispuestos en el centro. La imagen puede resultar de lo más frugal e inofensiva. Sin embargo, picar un bulto de naranjas en cascos tiene sus riesgos. Las largas exposiciones al ácido cítrico despedazan la piel de las manos. Para un ciudadano, partir un coco y separar su carne de la cáscara puede convertirse en una gran tragedia moral y física. Puede uno cercenarse un dedo, apuñalarse la palma de la mano o desbaratar la fruta por completo. Sin contar los esfuerzos que se deben hacer para no comerse demasiados pedacitos una vez el coco esté picado. La piña es una asesina despiadada. Una vez cortada en triángulos más o menos simétricos, estos se deben sacar de un recipiente para ser emplatados. La operación, a simple vista, parece sencilla, pero su complejidad es casi extrema. De tanto meter la mano en el recipiente repleto de triángulos de piña, diminutos trozos se incrustan en los intersticios de las uñas y producen heridas dolorosas y sangrantes. Los enormes uñeros atacan sin piedad en el pulgar, en el índice y en el dedo medio. Los ácidos de la piña y de la naranja se entremezclan y atormentan las heridas con un ardor insostenible. El mango hace lo suyo, pero su mayor peligro es el cuchillo que lo corta.

Después de la media noche se acababa la fruta. Lavábamos los cuchillos, las tablas de picar, los cuencos de cristal barato y nos íbamos a la barra. El VAT 69 aliviaba un poco el dolor de las heridas y combinaba bien con nicotina. No teníamos un salario asignado. Nuestra paga consistía en las propinas que los meseros nos dejaban al final de la noche por mantener los cuencos llenos de fruta picada y algún billete arrugado y de baja denominación que el administrador completamente borracho nos soltaba antes de apagar las luces o mientras el cajero cerraba los candados de la puerta. Así transcurría la noche del viernes. El sábado era una historia semejante, la lucha contra la piña, la naranja, el mango y el coco. ©



El acto más valiente sigue siendo pensar por ti misma. En voz alta.



Coco Chanel

La diferencia está en que **nos ponemos las gafas violeta**

[www.mujeresconfiar.com](http://www.mujeresconfiar.com)

**confiar**  
COOPERATIVA FINANCIERA



**Mujeres**  
confiar

**UNIVERSIDAD EAFIT**

Tu posgrado está en EAFIT  
Inscripciones abiertas para 2018-2

» Doctorado en Humanidades «

SNIES 101312. Res. 9593 del 25 de octubre de 2011. Vigencia 7 años. Dur. 7 semestres

» Maestría en Música «

SNIES 53159. Res. 3917 del 20 de marzo de 2014. Vigencia 7 años. Dur. 4 semestres

» Maestría en Estudios Humanísticos «

SNIES 53502. Res. 6174 del 5 de mayo de 2014. Vigencia 7 años. Dur. 4 semestres

¡Te esperamos!

**A**creditación  
Institucional  
Renovación  
2018-2026  
Resolución MEN 2156 de 2018  
¡Testimonio de confianza!

Conoce estos y otros posgrados en [www.eafit.edu.co/posgrados](http://www.eafit.edu.co/posgrados)

Teléfono: (+57) (4) 4489500 Línea gratuita nacional: 01 8000 515 900  
E-mail: [posgrados@eafit.edu.co](mailto:posgrados@eafit.edu.co)

Inspira Crea Transforma

f @universidadeafit

@EAFIT

Vigilada Mineducación



En esta segunda entrega de Conversaciones desde San Ignacio, Santiago Gamboa traza el pequeño mapa del viajero por el barrio y sus alrededores. El recién llegado siempre encuentra rastros olvidados, oye conversaciones en los locales más anodinos, se topa con algún guía de ocasión. Invitamos a seguirle los pasos y las letras. Un proyecto de Comfama y Universo Centro. Las ilustraciones, esta vez, van por cuenta de César del Valle.

## Distrito San Ignacio

por SANTIAGO GAMBOA

Ilustración: César del Valle

¿Cuál es el lenguaje que impregna este lugar? Los muros del distrito San Ignacio, en el corazón de Medellín, están repletos de palabras al azar, como si fueran viejas páginas en blanco en las que la ciudad reflexiona, aúlla y se interroga, verbaliza, propone, insulta. Algunas provienen de remotas publicidades que fueron quedando en los muros, lavadas por la lluvia u oscurecidas por el esmog; o de propagandas electorales de años anteriores ya cubiertas por las nuevas, especie de *collage* que hace ver las arcaicas y probablemente vanas aspiraciones de otros años. “Belisario es necesario”, dice una, desde muy atrás en el tiempo. También hay ofertas, anuncios, sencillas palabras escritas con aerosol, insultos o llantos desesperados, o declaraciones de amor: “Freddy, te amaré por siempre”, y una extraña firma que parece acabar en una lágrima negra, porque escribir en un muro es también gritarle a la noche, decir una plegaria en un mundo abandonado y ya sin dioses. Ay, Freddy, ¿estarás aún entre los vivos? ¿Seguirás por acá o te habrás ido a Estados Unidos, o al Poblado, o estarás en Bellavista, lejos de estas palabras que te buscan?”. Cada combinación es una vida posible, escrita o leída. “Divorcios a 600.000, Sucesiones a 1.000.000”, dice otro anuncio pegado sobre uno más viejo que ofrece “Habitación amoblada”, con diez años de experiencia (¿cómo es eso?). “Se tiñen toda clase de artículos de ropa y cuero”, dice otro, más adelante. El mismo caos de la realidad, pero impreso y decolorado por el tiempo hasta formar imágenes que podrían ser obras cubistas, de Braque o de Picasso. Los nombres flechados o en un corazón también expresan, como en el arte, un deseo de ser o de existir, y tal vez de perdurar. Expresiones de amor que son talismanes para los solitarios o los vagabundos, o frases vacías para los seres felices. Nada más banal que ser feliz.

En las zonas abigarradas cada puerta es una vitrina de la que cuelgan productos, la mayoría traídos de China: balones de plástico, muñecas, cubos de Rubik, espejitos, artículos para el hogar, ropa interior de colores, camisetas, ganchos para el pelo, estuches de celular. El ojo no alcanza con todo lo que está a la vista. Subiendo por la calle Ayacucho, al frente de los rieles del tranvía, el arte callejero decora lo que antes eran paredes desnudas, amarillentas por la lluvia y los orines y el humo crudo de los buses. Ahora tienen caras, personajes. A veces se sobreponen los mismos grafitis de otros muros que son los tatuajes íntimos en la piel del Centro, la más delicada y expuesta del barrio.

“El Centro es el lugar natural del rebusque de los pobres”, me dicen, “porque los ricos se fueron a vivir a sus antiguas fincas del Poblado, a las amplias circulares de Laureles”. Así es: pobres en la difícil búsqueda de un espacio, de un nombre. El deseo de iniciar algo. Ya existen pequeñas fortunas amasadas en medio de esta laboriosa austeridad, que en el distrito adquiere un rostro trabajador, incansable. El rostro limpio del trabajo honrado, del que busca ser honorable. Los hijos de Dios han de ser buenos y su bondad debe traducirse en riqueza. ¿Pequeña o grande? Poco importa. Riqueza quiere decir solo un poco más de lo que se tuvo al nacer. Fritolandia ofrece empanadas y gaseosas, y no da abasto. Su ventilador a duras penas logra soplar a la calle los vahos de las sartenes. O el restaurante Sorbos, que tiene al lado una escalera que sube a un motel, cuyas ventanas están frente a la dirección del Paraninfo. El amor clandestino o el sentimiento de culpa abren el apetito, pues alrededor hay decenas de negocios de comida. ¿Qué sería de nosotros sin la culpa? La cafetería Calienticos hierve de clientes. Son las once de la mañana, hora oficial del tinto y del palique. Se comentan las encuestas políticas, el fútbol, los problemas. La vida conyugal. Todos quieren hacer la síntesis de algo urgente, inaplazable, y se interrumpen y quitan la palabra. Por la calle veo pasar transeúntes atareados, estudiantes en grupos, muchedumbres gnoseológicas, que diría Lezama Lima; personas que miran el reloj y aprietan el paso en medio de los rieles del tranvía. La gente laboriosa que lucha cada día empujando el carro un poco más, quienes persiguen aquel viejo fantasma de las clases medias y populares: el de la respetabilidad. Aunque no todos lo logran.

De vez en cuando cruza algún naufragado de ojos perdidos por el bazuco, flacos y sucios, incluso descalsos. Los Robinson Crusoe que quedaron atrapados en algún espejismo remoto. Cada uno es una isla desierta. Se mueven despacio y miran con avidez. Hace un instante pasó uno frente a mi puesto de observación: pelo rubio muy largo y enredado en nudos de mugre y grasa, barba en similar estado, un zapato abierto por delante que hace *clack* en cada paso, flacura *alámbrica*, ojos saltones. Parece extranjero, pero lo oigo pedir limosna y es local, una especie de Jesucristo paísa que evoluciona entre la gente moviendo las manos en el aire, como si jugara con un hilo o hiciera extraños cálculos. En Calienticos nadie lo mira, tan acostumbrados estarán a su presencia o a la de otros que provienen de su mismo planeta. En las mesas hay pocillos de café y la gente conversa. De nuevo estudiantes, mensajeros, obreros que hicieron un alto, vendedoras de las tiendas en permiso, madres de compras por los locales de baratijas. En el televisor retumba la telenovela turca de la mañana y de vez en cuando se oyen frases. “Dime si es verdad que me amas, si tu respuesta es no, me iré de aquí”. Algunos alzan la vista hacia el televisor y ven a una mujer lánguida. ¿Son así las turcas?, se preguntan.

En el centro del Parque San Ignacio hay una estatua de Santander. Es curioso que no se llame Parque Santander, pero en esta ciudad la gente es devota y el nombre del parque, me dicen, viene del antiguo colegio San Ignacio. En últimas son los curas, los jesuitas en este caso, quienes se encargan de los bautizos. Entonces, en medio de ese empedrado y esas palmeras, veo una de las tribus urbanas que más me atrae: la de los ajedrecistas. Una mujer que vende tintos y tiene un carrito con varios termos alquila los tableros y las piezas. La gente juega en los bordes de las jardineras

y en las bancas. Y lo hacen con gran pasión. Por eso en horas de la tarde el Claustro de Comfama saca mesas y organiza partidas, ofreciendo instructores para los novatos. El silencio del ajedrez convive con los pitos de los carros, las voces sueltas, los ruidos que chocan entre sí. Sobre los tableros uno puede ver increíbles transformaciones: un simple obrero o mensajero de droguería se convierte en mariscal, dirigiendo complicadas estrategias. Hombres y mujeres abstraídos por el silencioso avance de las piezas, debajo de las palmeras del parque.

El otro gran edificio es el Paraninfo, vieja construcción republicana que hoy ha sido remodelada. La historia de la poesía, que en ocasiones es también la historia de la locura, recuerda que en esos muros se vivió uno de los primeros actos subversivos del nadaísmo. Fue el 5 de agosto de 1959, durante el Primer Congreso Nacional de Pensamiento Católico, en el que participaban figuras como Otto Morales Benítez y Eduardo Carranza. Cuando los piadosos escritores estaban en plena jornada, tratando asuntos de gran calado espiritual entre la *intelectualía* y la cristiandad criolla, el poeta Gonzalo Arango, Eduardo Escobar, Amílcar Osorio y Humberto Navarro irrumpieron con bombas fétidas y repartieron entre los asistentes su *Manifiesto Antiacadémico*, creando una gran zozobra y, de paso, fundando el movimiento revolucionario a través de ese primer acto de desobediencia estética y piadosa que, entre otras, le valió un carcelazo a Gonzalo Arango. Esto lo cuenta Víctor Bustamante en su extraordinaria biografía del nadaísta Darío Lemos, donde queda consignado que fue Alberto Aguirre quien sacó al poeta Arango de la cárcel de La Ladera, detenido por sabotear el congreso católico en nombre del nadaísmo.

Así fue, así es recordado, pero tal vez haya sido el espíritu del lugar el que propició estas ideas a los jóvenes insolentes. Porque este distrito, desde sus orígenes, cuando era conocido como el barrio de Guanteros, tuvo la tradición de ser un lugar aguerrido, desobediente e incómodo. Así lo describe don Tomás Carrasquilla: “El Camellón se fue empatando con una calle que iban haciendo a la buena de Dios, y me tiene usted el principio de Guanteros, de tétrica historia. A mediados de aquel siglo, principiaron los frailes de San Francisco su convento e iglesia, y, a poco, una dama ilustre principió a levantar a sus expensas en local donado por ella misma, el monasterio de las Madres Carmelitas. Levantar convento e iglesia es como tocarle cuerno a la peonada: todos quieren vivir junto a lo grande. Así fue que antes de que los monasterios se terminasen ya estaban casi edificadas, por gentes de pro, la Calle de las Monjas, con todo y su barranca (Palacé hacia el sur hasta el Barrio Colón); la Calle San Roque (Pichincha, desde la plaza de este nombre hasta la de José Félix de Restrepo); y la Calle de la Amargura (Ayacucho, desde una cuadra antes del río hasta la misma plaza)”. Tiempo después, en el año 2000, Jorge Mario Betancur lo describe en estos términos: “Era el barrio de los Guanteros un hervidero de gentes populares. Trabajadores, pequeños comerciantes, artesanos, campesinos, músicos, vagabundos y vividores se fundieron en una masa compleja, que en el día laboraba de sol a sol y en la noche le robaba hasta los últimos destellos a la luna, derrochando placeres alrededor de tiples y damajuanas de aguardiente. En las noches muy pocos se arriesgaron por esos parajes. Si algunos visitaron los famosos bailes de Guanteros, se despidieron antes de que, como era usual, las luces de las decenas de velas chorreadas se

esfumaran, por mano conocida, y comenzara el célebre zafarrancho de garrotos y gritos”.

Sigo tomando café en Calienticos y observo, tomo notas, espío.

¿A qué huelen las ciudades y sus gentes? Me lo pregunto con frecuencia. Las urbes están repletas de olores que luego se quedan en la memoria y las definen, y su recordación puede sumirnos en la alegría o en la más profunda tristeza. Pueden incluso ser el inicio de una gran obra. ¿Cuál es el olor de este distrito del Centro? La temperatura es importante. El calor sube el nivel del esmog y parece llevar más lejos los aromas. Los andenes de las calles son estrechos y están poblados de ventas informales. Los fritaderos tienen las cocinas abiertas. Huele a cerdo aceitado, pero también a fruta. Piña y naranja. Los aguacates no huelen a nada, pero sí la guanábana y la chirimoya. Todo convive con las emanaciones de los exhostos. La peluquería unisex deja en la acera un olor a laca, a aerosol y ambientador. La gente suda al caminar y hay un constante intercambio de fragancias. Olor a pino, a desodorantes de menta, a lociones herbales. A algo que recuerda el célebre Menticol, esa colonia a la que le decían “el aire acondicionado del pobre”.

Hay también olores rancios, como de humanidad-des revueltas.

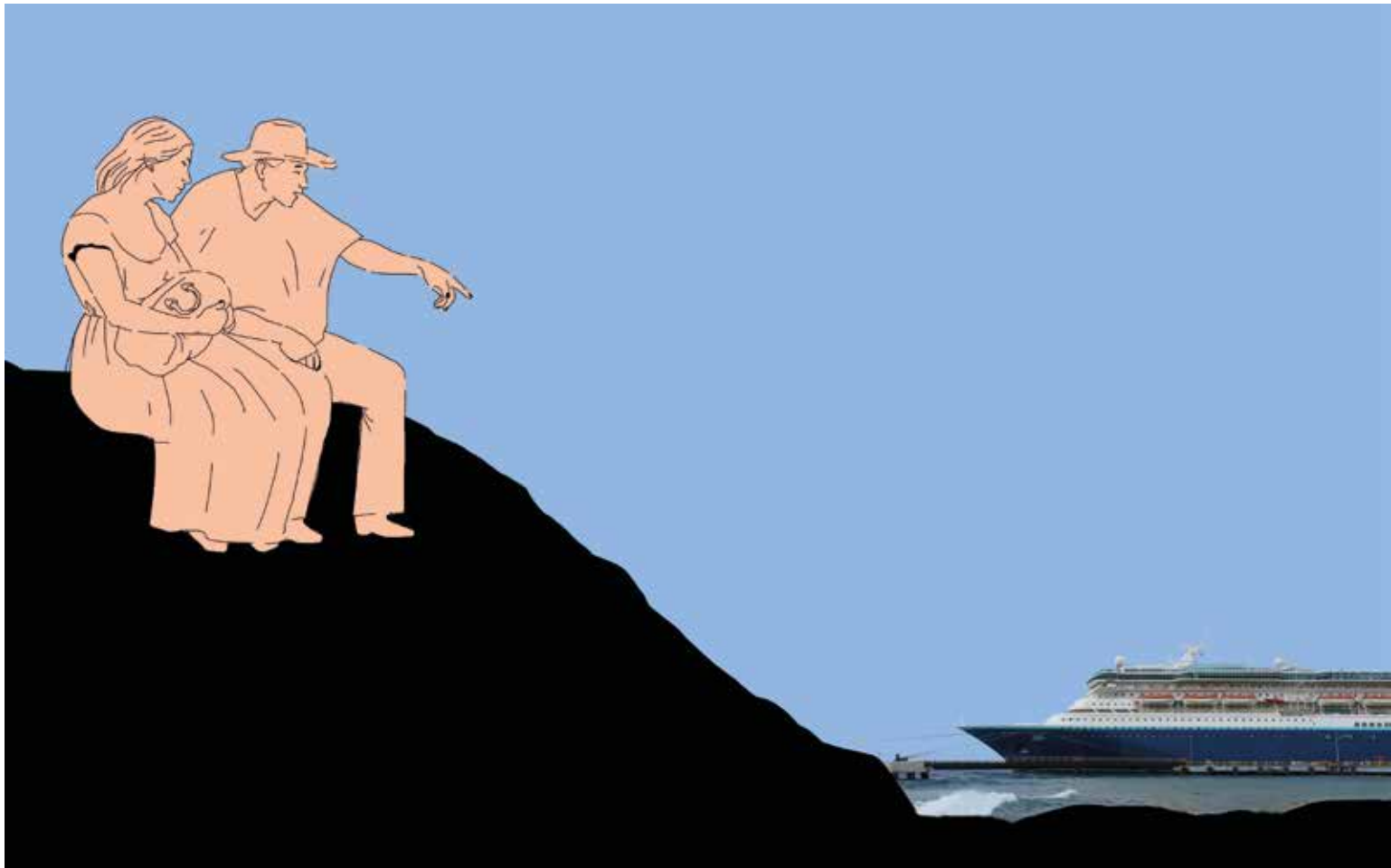
Más tarde camino por El Palo y voy viendo las casas con esa arquitectura utilitaria de clase media de los años cincuenta: balcones con tubos y cemento, ventanitas con marcos de hierro en forma de rectángulo. La mayoría de este sector se gana la vida imprimiendo, haciendo reprografía, copias. Se ven los aparatos de impresión desde la calle, huele a papel de estencil, a tinta fresca y recién planchada. Las busetas pasan rozando las tapias, van y vienen. Un poco más adelante aparece El Huevo, con su arquitectura de cemento pintado y baldosas. Hay belleza en esa forma de hacer las casas de un modo artesanal, sin idea arquitectónica precisa, siguiendo un patrón, imitando algo visto en alguna lámina. Casas hechas por maestros de obra que saben hacerlas así: con Eternit, esas tejas onduladas de fibrocemento, y baldosas en formaleta brillante de color gris jaspeado. Le doy la vuelta al óvalo y paso por un punto de venta de droga. Una jovencita de quince años, muy bella, está sentada en una moto y alarga las piernas. Su novio entrega las papeletas en la mano y recibe las monedas. La clientela está conformada por otros Robinson Crusoe, hombres y mujeres que comen de las basuras, cuidan carros o simplemente piden limosna en los semáforos. De ahí van al chaflán de la avenida a fumarse su dosis y escapar: por eso llega hasta esas calles un olor dulzón, mezccla de carburante y pasta base.

Busco librerías, como en todos los lugares que visito. Me dicen que había muchas en otra época, pero se han ido retirando. La Anticuaria, por ejemplo. Algo queda en un segundo piso, con ofertas a diez mil pesos. Se llama Librería Plutón y tiene gran parte del fondo de La Anticuaria. Sus dueños son Alonso Bedoya y Dora Inés Toro. Bedoya trabajó dieciocho años en las ventas de libros de saldos con el mítico Mocho Giraldo, más conocido como el “Pablo Escobar de los libros”. Tienen la colección completa de *Selecciones* del Reader’s Digest en varios tomos, las viejas novelas de Vicki Baum en edición de Bruguera. Libros empolvados y hermosos que son como la última trinchera de ese grandioso negocio. Del otro lado del distrito, sobre la avenida La Playa, está lo que queda del imperio del Mocho: una casa repleta de libros puestos en torres y estanterías. Una cueva que parece también una mazmorra o un túnel. En realidad, una covacha de papel impreso y un hombre en el patio, al fondo, rasgando volúmenes con un tapabocas para venderlos como papel al peso.

En los bajos de las Torres de Bomboná está el teatro Ateneo. La cultura no siempre es subterránea, pero aquí lo parece. Ideas, debates, música. Toda la cuadra es el templo del rock, del punk y la literatura desobediente. Néstor López es el director y cuando voy está por estrenarse una obra de Jacqueline Domínguez. Me regalan la biografía Darío Lemos y un disco de rock paísa de los ochentas y noventas. “Yo vi la ciudad arder” es el himno del Ateneo y, tal vez, la banda sonora de esas calles que rodean el edificio y en la noche se vuelve hogar de la bohemia letrada. Letra herida. Desde el Teatro Matacandelas, más abajo, en cuya cartelera se anuncia *La chica que quería ser dios*, de Sylvia Plath, hasta La Pascasia, entre Maturín y Bomboná, o la Casa del Tango. Un conglomerado humano que busca su propio rostro en la cultura. Y la pregunta: ¿es todo esto una identidad? Lo tendrán que responder caminando hacia adelante con lo que tienen en sus muros y calles; o tal vez en el anhelo o puede incluso que en su imaginación. ☺



# MONTAÑEROS A BABOR



por DAVID EUFRASIO GUZMÁN

Ilustraciones: Alejandra Congote

A Nacho y Angie

Era más fácil subir un barco por mis montañas que abandonarlas para irme a navegar por los mares, pero aquí estoy empacando para un crucero por el Caribe. La vida es desafiante como Fitzcarraldo. Mis suegros lograron arrancarnos de la montaña y no tenemos otra opción que dejar los animales y el huerto al cuidado de los vecinos.

Me niego a viajar sin mi sombrero. Estoy bien apegado a él porque me da buena sombra y oculta mi malformación en la coronilla. Tampoco dejo el poncho, soy bueno para la niebla pero los fríos fabricados de los aeropuertos y los aviones me pegan mal.

En la sala de espera toreo los nervios con dos garrafas miniatura de aguardiente y en el avión compro otras dos y me las zampo antes de aterrizar en Cartagena. El embarque inicia a las dos de la tarde pero ceñidos a las recomendaciones de la empresa evitamos llegar con anticipación al puerto. Hacemos tiempo en el Parque Bolívar de La Heroica. A las diez de la mañana aparece por un flanco del parque un guía con su rebaño jadeante de caras rojas. Entre los turistas hay de todo, pero alguien me llama la atención: un tierno rubiecito de unos seis años con el pelo ensortijado y una mirada redonda y azulita como si le hubieran inyectado zafiro fresco en los ojos. Gloria reconoce el logo de nuestro crucero en la calcomanía que llevan los turistas en el pecho.

\*\*\*

Estamos en el puerto pero aún no vemos el barco. Calculo unos trescientos viajeros en esta primera etapa de embarque, divididos en grupos de quince, veinte personas, según las condiciones: si hay tercera edad, niños, embarazadas. Otros cientos de turistas ya pasaron migración y entraron al barco, y otros apenas están llegando al puerto.

El lugar donde estamos goza de la sombra de frondosos árboles. Los gritos de júbilo, uno tras otro, son de las guacayamas que los tienen colonizados. Motivado por el consumo temprano de licor o contento por el paseo, intento simular el grito corto, alegre y empalagoso del animal. Los presentes, aletargados, ven cómo una guacamaya empieza a bajar de un árbol ayudándose con sus garras y su pico. En esas aparece por fin la

empleada del crucero encargada de nuestro grupo. Después de llenar formularios, marcar maletas y pagar la salida del país, caminamos hacia migración con un nuevo aire.

En la fila siento cierta satisfacción, mi pasaporte tendrá un cariño. En el *counter* del crucero nos registran con foto y nos entregan un mapa del barco y las tarjetas magnéticas personales para entrar y salir del barco y abrir el camarote. Nos sellan la salida y un bus nos lleva por las calles del puerto. De pronto una mole azul emerge ocupando toda la vista, dejando apenas un pedacito de cielo. Es el barco anclado, imponente. Por más que uno lo haya visto en fotos o lo haya imaginado, no lo dimensiona hasta tenerlo al lado, manso y apacible sobre las aguas, pero sobre todo, gigante.

Pasamos el control de ingreso al barco y nos topamos con unas amplias escalas de doble vía, tapizadas, con pasamanos de bronce en el medio y en los extremos. Como nuestros camarotes están en la cubierta ocho esperamos con otros turistas alguno de los ascensores. Sus generosas compuertas se abren, entramos y sin darnos cuenta ya estamos circulando por las entrañas del buque. Me siento drogado por la expectativa, por la curiosidad a punto de ser saciada, de entrar en este mundo en el que viviré una semana.

Mis suegros huyen para descansar un poco. Están a un par de camarotes de nosotros. Entramos al nuestro y muy pronto me complace su buena disposición, tuvo que ser un experto en tetrís quien aprovechó este pequeño espacio. Entrando a la derecha, un clóset de puertas corredizas. A la izquierda, el baño con lavamanos, ducha y sanitario. De ahí el espacio se abre para una cama doble, un tocador, una mesita y un nochero. Encima del espaldar de la cama una ventana ovalada de doble vidrio deja ver el mar calmo. Mi gente duerme pero yo no aguanto la curiosidad y salgo con la felicidad del gusano que puede perderse sin temor en las tripas de un monstruo.

El interminable pasillo me seduce, entapetado y un poco estrecho. Basta mirar a los lados para quedar con una sensación de infinito entre dos líneas paralelas: allá al fondo es donde A y B, después de millones de años, por fin se cruzan. Son cincuenta camarotes en este segmento y cien en toda la cubierta. Camino para encontrar una salida a la parte externa. Me siento desorientado

pero continúo hasta encontrarme con una discoteca cerrada; a través de la vidriera veo a los empleados lavando copas, aspirando la tapicería, brillando las luces.

Subo por unas escalas de caracol estilo quince de fantasía. Al llegar a la cubierta nueve descubro un salón de belleza, un *spa* y un gimnasio. Salgo al exterior empujando una pesada compuerta de vidrio y la brisa caliente me recibe botándome el sombrero. Por primera vez siento que el poncho me estorba cuando intento arrebátarselo al viento. Unos metros más adelante, una señorita lo rescata del suelo entre las risas de sus acompañantes. No puedo decir que el incidente me haya desanimado, pero estoy abochornado. Me olvido de todo hundiendo mis ojos en el mar, en el recorrido de sus crestas, en la espuma efímera. Cuando regreso al interior del barco siento el cambio brusco de temperatura. Busco y hallo por fin mi camarote después de transitar por otro pasillo eterno, paralelo al nuestro. Llegar a la misma puerta por el lado contrario, pero visualmente por el mismo corredor, me hace sentir en una obra de Escher.

Mi gente está lista para el simulacro de naufragio, obligatorio para todos los “crucéristas”. Siete pitidos cortos y un pitido largo, señal de alarma, me advierten que si no me tomo un trago me va a dar guayabo prematuro. Saber que hay barra libre me pone ansioso pero debemos ir directo a la sección cinco de nuestra cubierta. El barco se hunde. Llegamos rápidamente gracias a mi incursión previa por los laberintos. No conozco nada y ya hago de guía. Cuando formamos las filas levanto la mirada y veo suspendidos, a lo largo del barco, nueve botes salvavidas, cada uno del tamaño de una buseta. “En los botes caben noventa personas, hay comida no perecedera y artículos para la supervivencia”, anuncia un altavoz trágico. Es romántica la idea de naufragar y me sensibilizo al charlar con otros turistas. Quiero abrazarlos a todos. También veo con secreta admiración al salvavidas que nos dirige y enseña a ponernos el chaleco. Es un gordito brasileño, barbado y alto. Su actitud heroica es suficiente prenda de garantía de que no vamos a morir ahogados.

Después del simulacro subimos a la cubierta once, zona de las piscinas, y desde el ascensor escuchamos la rumba al rojo vivo. Ante decenas de personas una mujer baila y le menea las nalgas a

quien parece ser su pareja, quien grita y agita la pelvis con un vaso en la mano. El animador pide más movimiento, la gente ríe, baila y aplaude. En los bares de los extremos despachan tragos y cocteles. Alcanzo a ver cuerpos bellos. El ambiente atestado y tanta piel al descubierto dan la idea de desenfreno. Me pregunto cómo es posible que haya gente enrumbada tan pronto, si acabamos de hacer el simulacro. Subimos a la zona de *snacks*, un piso arriba, donde hay ensaladas, pizzas, sándwiches, refrescos y café. Todo está incluido. Desde la cubierta doce, una pista ovalada de sillas bronceadoras y con el cielo como único techo, seguimos con sorpresa el recorrido de las últimas hormigas que embarcan. Ya disfrutamos los primeros tesoros a bordo y el barco sigue amarrado a las cornamusas del muelle.

Para cenar tenemos dos opciones: el bufet en el piso once hasta las diez de la noche y un restaurante asignado, elegante, en la cubierta tres. Si elegimos este último, nuestro turno es a las siete. Llegamos puntuales y bien vestidos. Nuestra mesa, la 137, es para diez personas. Los otros comensales son tres jóvenes parejas bogotanas chirriadas. El mesero, peruano, ataviado con un esmoquín y bien engominado, nos explica cómo es la dinámica en este restaurante de alta cocina, cuyo menú fue diseñado por el chef de las pantallas Paco Roncero. El turno y la mesa son para toda la semana. Hay que estar puntuales porque el pedido se toma para toda la mesa al mismo tiempo. A pocos minutos de iniciada la cena, zarpamos. Miro por la ventana y veo que avanzamos pero no estoy seguro para qué lado. Unos vinos me han vuelto a animar y a veces me sorprende llevándome la mano a la cabeza para acomodarme un sombrero que no tengo.

Con el barco a una velocidad de veinte nudos pienso que en ningún momento nos sellaron el pasaporte de entrada. ¿Dónde estamos? ¿Qué país es responsable de nosotros? ¿España, por ser un barco de bandera española? ¿Francia, donde lo construyeron en 1991? ¿Malta, donde está registrado? ¿Mar Caribe? ¿Antillas holandesas? Si me enloquezco y tiro a un niño por la borda, ¿qué leyes

me juzgan?, o si me muero, ¿qué dirá mi lápida? ¿Medellín 1976 – Aguas internacionales 2018?, ¿pero cuál lápida?... mi cuerpo se volvería caldo salino... La cena ha estado riquísima, una serie de platos a la carta delicadamente confeccionados, dispuestos cada uno en un plato blanco de gran tamaño.

Esa misma noche tenemos el primer *show* con el elenco artístico y musical del barco. La arquitectura del teatro, que ocupa parte de las cubiertas cinco y siete, es digna de Broadway. Algunas carcajadas nos saca el maestro de ceremonias, un catalán almibarado y sarcástico que a toda hora sugiere su pasión por los varones. Salimos del *show* con ganas de una copa. Los suegros prefieren dar una vuelta por el casino mientras Gloria y yo somos atraídos por un piano y una voz rasgada que canta en inglés. Ingresamos a un bar frente al teatro y al buscar con la mirada al cantante, descubro una especie de infidelidad: es el gordito brasileño, dedos al piano, ojos cerrados, cantando con sentimiento algo de Phill Collins. ¿No debería estar alerta a un posible naufragio? Vamos viento en popa aunque no se siente el movimiento.

Nos sentamos diagonal al salvavidas cantor. Pronto me pasa la sensación de engaño. Hay mucha gente divirtiéndose, tomándose una copa. En la carta hay cocteles, ron, tequila, whisky, de todo menos aguardiente. Pienso en mi poncho y mi sombrero, los tres hacen un tridente hermoso en mi montaña. Aquí debo entregarme a la carta y a la cata. La opción del “todo incluido” es variada y de buena calidad, sin embargo los paladares exigentes tienen la opción de pagar por el “total pack”, una manilla negra por diecisiete dólares diarios para acceder a algunas marcas exclusivas. Antes de dormir, más cansados que ebrios, pasamos revista por la disco de nuestra cubierta: hay rumba con animadores y concursos picantes. Ya tendremos tiempo de hacer el oso.

\*\*\*

Estoy entregado a la contemplación. Mi gente está desayunando pero yo no he podido con ninguna de las delicias del bufet. Apenas si probé unas tiras de

tocino tostado con pan y café. El balanceo del barco se repetía en mi estómago y decidí venirme a la cubierta doce a tomarme un coctelito en ambiente veraniego. La mejor forma de equilibrar este mareo es alcanzando un estado de media caña. Absorto con el paisaje de océano y cielo, como atrapado en este espejo geográfico, siento que también soy un hombre de mar, de agua salada, de playa. Lejos de la montaña decido quitarme el poncho y la camiseta para recibir un poco de sol, el aire es tibio pero las corrientes de viento lo refrescan con su potencia.

A lo lejos viene Gloria con bolsito y pintura playera. Me complace deducir que desayunó y luego fue al camarote a cambiarse. Los suegros se quedaron disfrutando del ambiente cosmopolita del barco. Es día de navegación y según el boletín del crucero, al que llaman *Diario de a bordo*, hay varias actividades. En la piscina, bingo, concursos, baile y reguetón. Envalentonada por los cocteles o quizás por estar en esta tierra de nadie, Gloria sale al frente a responder una pregunta del “Quiz pirata” sobre el enemigo de Peter Pan. Se gana un bolso y brindamos por el capitán Garfio.

Entramos al bufet en el estado perfecto, flotando y con hambre de manatíes. Primero damos un vistazo exploratorio para detectar opciones y estimular aún más el apetito. Me maravilla la sección de embutidos y quesos. Alguien que circula con un plato atiborrado de jamón serrano me hace pensar en los bufetes de mi tierra en los que al comensal le permiten servirse a voluntad, pero una sola vez. Esto ocasiona que el hambriento se sirva de todo y convierta su plato en una torre de comida que a duras penas puede transportar. Al sentarse, se llena con solo verla y termina dejando la torre inclinada. Aquí permiten servirse las veces que uno quiera. Los meseros, activos, recogen permanentemente la loza sucia de quienes se levantan a probar otro platillo. Hay vajilla y cubiertos envueltos en servilletas de tela en cada esquina. Almorzamos varias veces en el lapso de una hora y media, probando pequeñas porciones de las diferentes exquisiteces. Para

obtener un filete de perrito higo fila. Un empleado malayo manipula en silencio la perrina y va cortando las porciones.

En la tarde, en el salón francés de la cubierta siete, detallo y acaricio la mueblería mientras pasa el karaoke. Todas las discotecas, bares y espacios están tapizados, gozan de sillas acolchadas y cómodas, redondas, cuadradas, forradas en telas crudas de colores, con cortinas gruesas y columnas adornadas con bordados que parecen de palacio. Con la atmósfera y la luz cálida de este salón tapizado de rojo, con sus barandas y pasamanos dorados, me siento como si estuviéramos navegando en la versión marina del Hotel Nutibara en sus años mozos. También me sorprende el desparpajo de la gente, todos se deshacen de sus vergüenzas en este limbo de la mano de los animadores.

La noche de gala es la velada que ofrece el capitán. Mi suegra y Gloria se perfuman para la foto con el timonel croata Oleski Norenko y los oficiales superiores. Por mi parte, no luciré mi poncho ni mi sombrero; para esta noche, de la cual estaba advertido, traje una muda elegante. La cena es la misma para todos: selección de tapas, vieiras con sopa crítica de palmitos, salmón a la parrilla con crema de coliflor y salsa de chipirones, y solomillo de ternera con graten de mango, piquillos y salsa de mostaza antigua. El menú viene impreso en un viejo mapa de navegación. De manera increíble tenemos espacio para el postre, dicen que el vino va acomodando comida en el estómago de la misma forma que un coterito recibe mercancía y la ordena impecable al fondo de un camión. Hacia el final me siento henchido de placer, feliz de habitar este mundo perdido de placeres concedidos, de lujo hasta para la suela de los zapatos.

Mientras bailo mapalé me veo el pecho rojo como un camarón. En la discoteca, con los ojos vidriosos y la mirada desenfocada, palpo en los cojines la nostalgia que me produce la estética del barco. Me hace sentir que estoy viviendo en la modernidad de los años sesenta. La noche se alarga y alcoholizados terminamos prestándonos para números en la pista. Hemos perdido la







vergüenza pero a quién le importa. Jamás vamos a volver a ver esta gente y todos nos sabemos sin ley. En el camarote prendo el televisor por curiosidad. La combinación de canales, algunos exclusivos del barco, me terminan de confirmar que estamos en una tierra hechiza. Canaleando aparece el mapa del recorrido en tiempo real. Estamos cerca de iniciar el periplo por las antillas holandesas.

Tres días parando en islas hace que extrañe la vida diurna del barco. El lunes estuvimos en Curaçao, el martes en Bonaire y hoy miércoles en Aruba. Viejas construcciones y playas tranquilas fueron nuestras elecciones. El crucero atraca en las mañanas y zarpa cumplido en las tardes. El horario es estricto y se anuncia en el *Diario de a bordo* y por altavoces. A quien no regrese a tiempo, lo dejan.

A la entrada me he ganado un tremendo regaño de una policía del barco. Por sus rasgos, supongo que es filipina. Había puesto mi sombrero, mi poncho, mi bolso y mi correa en la banda detectora de metales, pero al final la correa no salía por las tiras de caucho. La esperé y detrás de mí se fue haciendo una fila de cruceristas ansiosos que, como yo, querían alcanzar el bufet. Entonces introduje mi mano por las tiras para palpar con los dedos en la oscuridad electromagnética y de repente me estrujaron como a un trapo viejo y sacaron mi mano con violencia mientras escuchaba frases sueltas, "Your hand! Your hand!", "It's dangerous!", "Su mirada rabiosa e indignada por quererme autolacear quedó grabada en mi memoria. Más que imprudente, me sentí faltar de mundo, por no decir manitoñero."

Estas noches hemos cambiado el restaurante elegante por el bufet, sobre todo porque a las siete de la noche nos hemos visto sin hambre. Además, al bufet puedo ir de sombrero y poncho y no nos tenemos que sentar en una mesa asignada con unos comensales asignados, ni mucho menos cumplir normas de etiqueta. No sé si esta decisión fue influenciada por algo que nos ocurrió en la cena del lunes o martes, los días se me han estado confundiendo, el caso es que empezamos a comer un platillo —finalmente una sopa— cuando aún faltaba que vertieran caldo sobre los delicados ingredientes que ya estábamos sapatoteando. Esta falta grupal, motivada por la impaciencia de Gloria, selló nuestra salida por la puerta de atrás de la alta cocina.

El barco sale de Colón, Panamá, los viernes y allí abordan los primeros cruceristas, que tienen su primera parada al día siguiente en Cartagena, donde embarca el resto. Tras un día de navegación vienen tres jornadas de antillas holandesas y luego el regreso en un largo día a Colón, el fin del crucero para los que allí abordan y el inicio para los que suben, pero también la última parada para los que lo hicimos en Cartagena, donde también va a abordar gente para comenzar su paseo. No hay inicio ni final, el barco siempre está en esta espiral infinita, cumpliendo cruceros proyectados para toda la eternidad.

El crucerista se programa para una semana, pero los empleados rigen sus energías mentales para aguantar seis o tres meses según su contrato. El funcionamiento del barco se divide en tres departamentos: hotelería, cubiertas y máquinas. Los empleados y marineros tienen lugares y bares exclusivos para sobrelevar este encierro flotante. A un lobo estepario podría sonarle bien irse a trabajar a un crucero, tiene buena dormida y comida y unas tareas según su oficio. Solo tiene que aguantar el calor en su pelaje para salir con unos dólares, pero el hombre es un animal de familia y la mayoría aquí trabaja para ellas, entonces termina siendo un trabajo pesado: no solo están lejos de los suyos gran parte del año sino que lo que ganan apenas es suficiente. En este momento el barco tiene 756 empleados, incluyendo los artistas, de treinta nacionalidades; la mayoría son del sudeste asiático, Europa del este y Latinoamérica. Todos cumplen dos o tres roles, como el caso del salvavidas cantor.

En medio del paseo empezamos a buscarle alguna caída al barco, ¿qué pasa con la basura?, ¿se bota mucha comida?, ¿acaso los sanitarios van desagüando y esparciendo toneladas de bellezas por altamar? En estos tiempos algún programa ambiental debe sacar a reducir la empresa para que estas preguntas no atormenten a los cruce-ristas, y precisamente en uno de los *Diarios de a bordo* publican su compromiso con reducir la generación de basura, reciclar todo lo posible y eliminar adecuadamente los residuos. Por eso está prohibido tirar cosas por la borda, no falta quien quiera despedir un viejo calzoncillo que ahogue a una tortuga o tirar una colilla de cigarro que el viento devuelva encendida hacia las máquinas.

Por las noches no hemos faltado al espectáculo musical. Más que la calidad de las coreografías y del vestuario nos ha llamado la atención

el mensaje de libertad sexual. Las mentes cerradas han tenido que aguantar puestas en escena con hombres musculosos trajeados con minifaldas y alitas de hada. Las pintas, los gestos y los maquillajes me remiten a un estilo que mezcla lo gótico, lo *dark* y lo LGTBI. Gimen, el cómico maestro de ceremonias, se asegura de aportar nuevos elementos en cada velada para que la gente no dude de su gusto por los bigotes y los pechos peludos. Una noche nos cuenta que somos 2278 cruceristas, en su mayoría colombianos, brasileños y argentinos. Hay gente de 36 nacionalidades. Al final del *show* el catalán queda de espaldas al público y, como todas las noches, para la cola y se baja el telón.

—¿Qué otro trabajo tendrá que hacer Gime-  
no? —pregunta Gloria.

—Alegrar la vida de los marineros —responde el suegro.

Saber que es jueves de navegación me hace feliz. Queremos ir a la cubierta doce a tomarnos unos traguitos y a pasar un día entero de piscina y vista de 360 grados al mar. No sé si en el fondo lo que queremos es una fiesta tempranera, participativa de los concursos, bailar como en aquella escena ardiente que vimos el primer día. Con el paso del tiempo algunas caras se han hecho más familiares, ya uno no sabe si son personas conocidas del embarque, del simulacro o si los ha visto en tierra en alguna parte.

Entre los cocteles y el brillo del día voy alcanzando un estado vibratorio de bienestar. Estar inmerso en un tríptico sideral de placas vivas y azules, en medio del sonido que hace el mar mientras el barco lo va partiendo, me hace levitar. Mi meditación es interrumpida por el llanto de un mocoso. Cuando miro para reprobar su bullicio reconozco en esos rizos amarillos y en esos ojos de zafiro al niño que había visto en el Parque Bolívar de Cartagena. Al conocer la dinámica, es fácil deducir que embarcó en Colón y hoy es su último día de crucero. En un momento me figuro cargándolo y lanzándolo por la borda. Si lo hiciera, estoy seguro de que ese niño, bendecido por su parecido físico al actor de *La laguna azul*, llegaría vivo a una isla virgen y montaría allí su cabaña. Le confío a Gloria mi teoría y de inmediato empieza a buscar la compañerita para tirarlos a los dos.

Estas fantasías nos llevan a otras. Por ejemplo, ¿qué tal una programación más audaz? Por

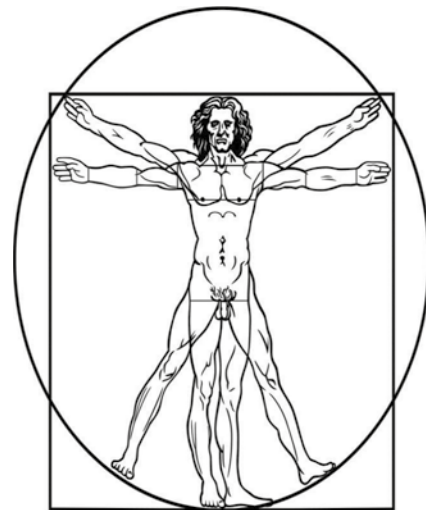
decir algo, “El avistamiento del náufrago”. Al inicio del crucero se elige por azar a un crucerista o se escoge al peor empleado del mes. En el *Diario de a bordo* se publica el día y la hora en que lo van a tirar al agua con una rústica balsa y unos artículos mínimos para la supervivencia: carnadas, nailon, anzuelo, botella de agua, cachucha. El barco sigue su camino y de regreso, donde se le calcule que pueda estar, se anuncia la atracción: ¡javiste el náufrago! Sería maravilloso verlo después de cuatro o cinco días así sea con binoculares.

También surge un tema que nos agobia. ¿Qué pasa si Kim o Trump aprietan el botón mientras estamos en altamar? Se desata la gran guerra nuclear, solo una porción de mar queda libre de agentes y gérmenes asesinos. Vamos hacia allá y debemos navegar en círculos o anclar indefinidamente, o por lo menos doscientos años mientras se disipan los gases del apocalipsis. Se acabaría tanto lujo y abundancia en los bufetes y empearían a tasar los alimentos. Nadie nos arreglaría el camarote. Para garantizar la permanencia de la especie, las parejas deberán empezar a tener hijos. Gloria y yo no tenemos problema pero los suegros corren riesgo de que los boten al mar para reducir la población. Las manillas negras, el dinero, las tarjetas, no servirían para nada y el capitán Norenko sería el presidente. No dudo que se convertiría en dictador, pero no se sabe, ¿hay armas, quién tiene la llave de las cocinas, quién podría ser el más fuerte, dónde vamos a rezar si el barco no tiene iglesia? Quiero ver qué haría Gimeno en estas condiciones.

Al atardecer, después de un chapuzón en la piscina salada, regresamos a la cubierta para ver la puesta del sol. Las nubes que lo rodean en su descenso palpitán en fuego naranja. Siento que el paseo está llegando a su fin y al mismo tiempo se revela ante mis ojos un paisaje similar al que gozo desde la altura de mi montaña, un infinito océano de cadenas montañosas que da la misma idea de amplitud y se asemeja a la marea y a las crestas del mar. Solo debo imaginar que las luces lejanas de los pueblos del norte del Valle de Aburrá son plancton. Geografías tan contradictorias, las figuro en un solo paisaje que se crea en la misma pincelada. Si el mundo que vemos —y lo que somos— es el resultado de la lucha entre las fuerzas del amor y del odio, las montañas y los mares prueban que allí ha triunfado el amor.

En Colón los suegros se van de compras y nosotros nos dejamos llevar por los ojos verdes de un negro taxista. Nos da un precio especial por llevarnos a conocer el canal de Panamá.

Este viernes por la mañana se cumple el ciclo de los que aboradaran un día antes que nosotros. En la tarde, hay cruceristas nuevos, los reconocemos por sus maledades. De repente, escuchamos el simulacro por el altavoz siniestro: "En los botes caben noventa personas, hay comida no perecedera y artículos para la supervivencia", es como un *déjà-vu* que se potencia por la sobrealimentación y la bebida de estos días. Ya no sé si vamos a ajustar una semana de crucero, si llevamos varios circuitos o si apenas vamos a zarpar y debemos dirigirnos al simulacro. Con el acumulado del viaje siento como si fuéramos habitantes de un atractivo purgatorio que esperan retomar sus vidas, su cielo, como personas comunes y corrientes. Lo único seguro es que mañana, con o sin poncho, estaré frente a alguno de mis mares. ☺



VICTOR AGUDELO E.

## Medicina alternativa

## Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676  
vagudelo@hotmail.com



# Caído del zarzo

**Elkin Obregón S.**

# EL HOMBRE DEL MECHÓN

Cada episodio de la serie de Nat Geo *Genius: Picasso* se abre con esta leyenda: “Este programa presenta obras de arte que pueden representar desnudos. Se recomienda discreción al espectador”.

Tras este preámbulo—cuyo juicio moral y preceptivo dejamos al lector— uno tendría buenas bases para desconfiar de lo que seguirá; por desgracia, acertaría. Al menos, eso le ocurrió a quien esto escribe. Y tiene pruebas.

Hace de Picasso (cuando es adolescente lo encarna otro) Antonio Banderas, un actor de respetable recorrido, que aquí tiende a hacer el oso. Aunque, claro, no es responsable de su aspecto, impuesto, se supone, por algún asesor de imagen, con el culpable aval del director; la marca de fábrica o cédula visual del personaje es un perenne mechón de pelo que le cae sobre el ojo izquierdo; desde su primera infancia está allí, persiste en su adolescencia, en su primera juventud, en su madurez; nada puede contra él. En un gag involuntario, digno de Keaton, Banderas-Pablo, a quien vemos de espaldas, se moja la cabeza en un lavabo; se aparta unos pasos, enfrenta la cámara, con el mechón ileso.

Pero tal vez el mejor gag, hasta ahora (faltan muchos capítulos), es un soberbio ejemplo de humor negro: el artista, frente a un enorme lienzo, no sabe qué idea plástica darle a su *Guernica*. De repente irrumpe en el estudio su primera esposa; encuentra allí a Dora Mar, se lanza sobre ella, y las dos se treznan en una pelea de patadas, jalones de pelo, arañazos; caen al suelo, se revuelcan, jadean, gritan. Pablo sonríe, su problema resuelto, y sin perderle ojo a la gresca empieza a pintar a grandes brochazos. *Guernica* ha nacido.

En fin, no quiere este cronista prolongar su memorial de agravios. Se limita a decir que ni con la mejor voluntad ha podido ver ni por un segundo en esta figura travestida una imagen siquiera aproximada del pintor malagueño. Y, para rizar un poco el rizo, trae aquí a cuento las otras tres películas que ha visto sobre el gran Pablo. La primera, fuera de curso, es *El misterio Picasso*, de H. G. Clouzot, un documental cuyo tema, centrado en la imagen, es el proceso siempre fascinante de la creación artística. La segunda, *Surviving Picasso*, narra la relación de este (un aceptable Anthony Hopkins) con su última esposa, Françoise Gilot. La tercera, y casi la mejor, es un medimetraje de ficción centrado en los meses que dieron pie a la compleja gestación de *Les demoiselles d'Avignon*, un cuadro fundamental para el arte del siglo XX. No retuve su nombre, por desgracia, pero aposturo a que Google sí lo hizo.

Posdata. Alberti da una mano. Pensaba terminar esta crónica con un segundo análisis sobre los problemas que dan al cine las vidas de los artistas. Pero la poesía de un poeta-pintor me hace un quite:

¿Quién sabrá de la muerte de la línea, / de la aventura del color? Una mañana, / vaciados los ojos de receta, / se arrojan a la mar: una paleta. / Y se descubre esa ventana / que se entreabre al mediodía / de otro nuevo planeta / desnudo y con rigor de geometría.

## CODA

Mayo 10. Creo que no registró la prensa antioqueña la fecha del 10 de mayo del 57. Ese día cayó Rojas Pinilla y se vieron en Medellín cosas extrañas, como grupos de proletarios dando vivas entusiastas a los oligarcas, quienes agradecían desde carros descubiertos. No juzgo, cuento. Todo era festejo, hasta que un milico dio orden de disparar contra un grupo de gentes inofensivas; hubo terror, sangre, estampidas, el Centro se vació en segundos, la fiesta se trocó en temor y duelo. Creo que de este episodio se pueden sacar varias moralejas. Ponlas tú, lector. ☺



**DR. GUSTAVO AGUIRRE**

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

## CIRUGÍA CON LÁSER

**Clínica SOMA**  
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



# La vida erótica de los filósofos

por ROBERTO PALACIO

Es común suponer que ese algo irreverente y amorfo llamado “progreso” demanda que las nuevas generaciones sean menos morrongas que sus predecesoras en materia sexual. La historia de la filosofía y el sexo, hay que decirlo, arranca con el pie derecho. A los antiguos filósofos griegos no se les hubiera ocurrido la pacatería cristiana de disociar el placer sexual y el saber, que solían aflorar en los mismos momentos e incitados por los mismos objetos. En un diálogo llamado *El Critias*, Platón pinta a Sócrates en medio de los argumentos desarrollando una erección al observar a través de un pliegue lo que el más bello de los atenienses llevaba entre la túnica. El filósofo y mendigo Diógenes el Cínico, por los mismos tiempos, llevó a cabo una demostración que Pierre Bayle veinte siglos después, con toda la lógica de la escuela de Port Royal no pudo refutar: la mejor manera de liberarse del poder del sexo era practicándolo, motivo por el cual Diógenes solía hacer en el ágora lo que nosotros en la ducha; sacarse el miembro para librarse de los efectos incandescentes del semen. Alguna vez afirmó que ojalá se calmara el hambre frotando la barriga como se calma el deseo frotando el pene, poniendo de manifiesto un tema que llegaría hasta Freud: la compleja relación que hay entre el apetito sexual y el objeto del deseo.

Pero la estupidez humana se resiste a leyes históricas y el progreso a menudo se comporta más como la alarma de un auto, histérica, regresiva, disparando en todas las direcciones, que como una flecha ascendente de reporte trimestral. El caso más patente es el de Agustín de Hipona. Reflexionando siete siglos después de Platón, sintió repudio por la ligereza con la que sus predecesores hablaron de sexo. Fue conocido en la Edad Media por encarnar la experiencia íntima del pecador. A los 26 años se convirtió a la fe católica. Como tantos otros filósofos, su inmersión en la filosofía marcó el fin de la capacidad de mantener relaciones de pareja normales y conducentes.

En medio de los trinos de una revelación racional, comprende que de la caída del hombre deviene toda su lujuria, instaurada en su historia desde el pecado original. ¡Maldito momento accidental, la tentación, la aceptación por parte de Adán que en su condición de debilidad humana saborea la manzana de Eva! Los sueños mojados, los deseos incontrolables, las imágenes sexuales que se nos cruzan sin quererlo son para Agustín como el traslucirse de esta caída en nuestras vidas.

En la *Ciudad de Dios* sostuvo la ridícula concepción —inspirada según el filósofo colombiano Pablo Arango por actores que había visto en burdeles capaces de cantar por el ano— de que el precio que pagamos por la caída es que no estamos en control de nuestros órganos sexuales. No podemos tener una erección a voluntad, y de la misma manera esta se nos presenta cuando no la deseamos, exponiéndonos a la vergüenza. En el estado de gracia del paraíso, la mente era la que estaba en control y el hombre podía comandar una erección. Así, podía sostener relaciones que no fueran incitadas por el ciego deseo. Adán no sufría de lo que hoy llamaríamos *disfunción eréctil*. Ciertamente podía levantar su miembro como nosotros levantamos un brazo (*Confesiones*, libro 14, cap. 16) y en ese orden de ideas,

sus erecciones no fueron incitadas por la vista de Eva desnuda ni por su olor (libro 14, cap. 10).

\*\*\*

A diferencia de lo que se pudiera pensar, con el advenimiento de la Ilustración, el sexo no volvió a recuperar del todo su lugar respetado dentro de la filosofía. Kant por ejemplo, ese pequeño erudito que el escritor inglés del siglo XIX Thomas de Quincey llamara una “momia académica llena de pecados”, fue incluso más radical en su repudio del sexo que Agustín. Se inventó una frase para lograr que jamás se nos pare. Dice: “Cada vez que estés frente a una mujer, recuerda que fue una mujer la que te trajo al mundo”. Es decir: cuando ella esté ahí, sobre tu cama, jadeante, capturada solo por la luz, vistiendo apenas un poco de Chanel, en ese preciso momento... piensa en tu madre. Mírala a ella con el rostro de la vieja. No asombra que siguiendo esta “técnica”, en su lecho de muerte Kant confesara no haber tirado jamás, ni haberse masturbado ni haberse visto la pija. Bueno, las dos últimas categorías las añadió, aunque no es desatinado pensar que los rígidos preceptos morales del imperativo categórico recomendaran, como el *Manual de Urbanidad de Carreño*, no mirarse desnudo nunca. De hecho conjeturó que la masturbación era peor que el suicidio: cuando nos quitamos la vida cometemos una falta, que pagamos con la vida; al masturbarnos cometemos la falta y salimos gratificados. En sus diatribas contra el sexo se alcanza a percibir un atisbo del tono del que se burla de una moda con amigos que son cómplices. En ningún otro lugar de su obra hay esa explicitud, esa licencia nacida de la convicción de que criticaba algo desdeñable, pasajero. He acá algo de lo que dice en su conferencia “Acerca de los deberes para con el cuerpo relativos a la inclinación sexual”:

“...cuando una persona se deja utilizar por mor de algún interés como objeto para satisfacer la inclinación sexual de otra, dispone de sí mismo como una cosa, hace de sí mismo una cosa mediante la que otro sacia su apetito, de igual modo que sacia el hambre con un cochinito asado”.

Valga decir que no todos los ilustrados vieron en el sexo algo tan prosaico como la deglución de un porcino. Voltaire lo concibió como una plataforma para lanzar los dardos emponzoñados de una forma de crítica que no tiene nombre; aquella de insistir que no somos ángeles caídos, que el mundo no es el mejor de los mundos posibles, que la revelación jesuítica era nada más que una forma de locura. Cuando se consulta su *Enciclopedia Filosófica* bajo la entrada “ignorancia”, se verá que allí Voltaire señala una de las piedras angulares de esa invectiva: las grandes obras de la humanidad no han sido erigidas por dioses, por ángeles o siquiera por buenas intenciones. Han sido monumentos a dos cloacas, el *anus* y el *cunnus*. Adriano erigió muros que se perdían en la distancia a la primera de esas cloacas; Troya fue destruida por la segunda.

Íñigo de Vizcaya, o Ignacio de Loyola, cuya vida retrata Voltaire en toda la crudeza de su locura, simplemente tuvo una revelación según la cual si no podía dejar en la mente de sus seguidores el honor que se debía a su culo, debía al menos implantar en su imaginación el respeto que se debía a su santidad. Así, bajo los vapores fugitivos del deseo sexual, fundó la Compañía de Jesús, que cuenta actualmente con dos espasiosas universidades en Bogotá y Medellín.



Lino sostiene un papiro ante su alumno. Año 440-435 a. C. Atribuido al Pintor de Eretria. Museo del Louvre.

\*\*\*

El siglo XIX le da aún otro giro a la tuerca con su rechazo explícito a los valores del siglo XVIII. Tómese a Marx. Marx vivió el sexo como un hombre de su tiempo. El sexo era entonces parte de una categoría social que solo se mencionaba en los espacios del desenfreno. Es comprensible cómo H.G. Wells llegara a conjeturar en el siglo XIX que la humanidad terminaría dividida ya no en clases sino en dos grandes hordas, una que vivía en el subsuelo y otra en la superficie. La Europa decimonónica parecía señalar en la dirección de esa profecía. El sexo era propio del subsuelo; para los habitantes de la superficie era el sistema del matrimonio, del tedio. La vida marital era parte de una sociedad benéfica que hacía progresar.

La profanidad del sexo descarnado debía vivir en los callejones de Londres, en las tabernas en donde se desintegraban las inhibiciones. O en la intimidad de la habitación. Marx, y este dato ha sido elusivo, señalado por algunos y negado por otros, logró dejar preñada a la nana de sus hijos viviendo en un apartamento de cuarenta metros cuadrados. Ya lo dicen los luchadores de su causa: el marxista debe moverse en la sociedad como un pez en el agua. Para preservar el matrimonio, aterrado de lo que el melodrama victoriano pudiera imprimirle a la figura del más puro de los comunistas, se dice que Engels, quien yo pensaba había asistido a Marx solo en sus ediciones y con préstamos irrecuperables, asumió la paternidad del niño sin las pruebas de un *reality*. No había problema, Frederick Demuth —nombre dado al niño adoptando el apellido de su madre— fue dado a un orfanato para proletarios en donde aprendió el uso de herramientas, siguiendo la tradición de Rousseau según la cual los hijos debían donarse a las instituciones que uno alabara en sus escritos. Rousseau cumplió lo propio como un augurio ya que tuvo cinco hijos con su criada Thérèse Levasseur, los mismos que terminaron en el hospicio de

París. Pueden afirmarlo los marxistas a viva voz aún en otro sentido; hay mucho de Rousseau en Marx. Al parecer, había también mucho de Marx en su criada.

Los Estados del siglo XIX, siguiendo el sentido precepto católico de que la vida privada era insoportable precisamente por su privacidad, intentaron llegar al interior de las habitaciones que era el lugar en donde se desenvolvían las verdaderas escenas de ese sexo gótico tan propio del XIX. Recuerdese que Oscar Wilde fue condenado por crímenes de indecencia privada; profanar el culo de otro hombre era un “no-no” incluso si se hacía alejado de la vista de los demás. Uno de los textos más olvidados en la historia de la filosofía es

el ensayo que escribió el utilitarista Jeremy Bentham, *Sobre la pederastia*, argumentando que lo peor en el mundo es el dolor evitable. Castigar una acción que en últimas no afecta más que a los involucrados es causar un sufrimiento sin necesidad. La criminalización de la homosexualidad era un exabrupto. En efecto, ¿a quién diablos le importa que dos hombres o dos mujeres se penetren, o acaricien o se juren amor en la intimidad de su habitación? Lo más asombroso es que el ensayo de Bentham, si bien había sido escrito a finales del siglo XVIII o comienzos del XIX, no vio la luz pública hasta 1978 y llegó más o menos 150 años tarde para Wilde a quien por mucho tiempo lo penetraron,



**La vida erótica de los filósofos**  
Roberto Palacio F.  
Libros Malpensante  
2018

acariciaron y juraron amor contra su voluntad en la cárcel de Reading.

Pero lo que alguna vez dijera G. K. Chesterton respecto al liberalismo, que era indudablemente real aunque los liberales fueran un mito, pareciera augurio con los marxistas. Si bien Marx puso el ojo, y otros órganos en la praxis, los marxistas fueron tan disgregados, intonsos y necesitados de aumentar un sistema, que lanzaron al mundo algunas de las estupideces más férreas que no se habían visto desde Agustín de Hipona.

El filósofo marxista Wilhelm Reich, queriendo darle al marxismo un piso más sólido y por cierto más húmedo que la economía, intentó relacionarlo con el sexo. Nuestras desgracias, la enfermedad, la homosexualidad (Reich la incluye como una suerte de degeneración) eran producto del orden corrupto y corruptor del capitalismo. El problema es que el sistema, como un pulgón en la almohada, nos priva de nuestra esencial energía sexual u “orgón”, como la llamó. No se trataba de una metáfora; Reich creía que el orgón era tan real que expedía una coloración azul y de hecho le presentó la idea a Einstein para que lo estudiara como una fuerza de la naturaleza. Einstein dijo que no tenía ni culo de idea de qué hablaba Reich, y que por cierto con la gravedad ya tenía. Pero claro, si uno se masturba en la oscuridad podrá ver un aura de añil que sale de la mano y el miembro, solo que nunca lo observamos por estar distraídos masturbándonos. A pesar del absurdo, Reich no abandonó su rara metafísica. Como en la película de Woody Allen, *Sleeper*, construyó casetas para que la gente recargara su orgón. Quién sabe de dónde diablos sacaba la dicha energía renovable (¿alguien muy de-seoso al otro lado de la línea? ¿El mismo

Reich masturbándose?). El caso es que era una panacea que se proyectaba al futuro. En el paraíso comunista, los camaradas Adán y Eva no tendrían problema para que el martillito del asalariado transformara materialmente la hoz de la asalariada. Serian puros, impolutos y sexuales, tal como se imaginaba dieciséis siglos antes Agustín el Jardín del Edén.

\*\*\*

En tiempos más recientes... ¿qué decir? La filosofía, al igual que en la Ilustración, cuando ya era lícito hablar de sexo, simplemente no lo ha hecho. O no lo suficiente. Algunas incursiones valientes han alejado su mirada ahora sobreespecializada de los problemas técnicos para volver a centrarla en los temas vitales. Foucault, con el método genealógico de Nietzsche revivió el tema para la contemporaneidad. Mi mirada favorita desde los sesenta, sin embargo es una menos conocida: la de Thomas Nagel que se dio a la tarea de examinar qué diablos era lo que se entendía por perversión sexual, un concepto endiabladamente difícil de definir y que no se había tocado desde Tomás de Aquino, quien había definido la perversión como todo acto que no fuese conducente a la reproducción. Si bien el concepto aún pervive en Colombia mantenido vivo por el uribismo, con el advenimiento de las naranjas de Monsanto pareció perder toda vitalidad a precio de tener que declarar que sus semillas estériles eran perversas.

Trazar líneas imaginarias será siempre una de las tareas de los filósofos, y cerrar círculos y torcer pensamientos como vigas y acostar alguna verdad para interrogarla. Tiesos y arrevesados tienen mucho que decirnos sobre método, imaginación y rigor. *La vida erótica de los filósofos* como lectura estimulante. ☺









Los poetas suelen cuidar sus manuscritos con más esmero que a sus amigos. La pequeña iluminación escrita en los papeles más deleznable es su gran tesoro. Pero hay poetas desjuiciados, riegan sus versos, los abandonan sin despreciarlos, los olvidan con sus pastillas para la cordura. Raúl Gómez Jattin pertenece a este tipo de escritores. Les presentamos la historia de unas páginas rescatadas y una selección con algunos poemas inéditos.

# Perder los papeles

por JOAQUÍN MATTOS OMAR

Fotografía: Juan Fernando Ospina

En marzo de 1988 caminaba por una calle del barrio La Candelaria en Bogotá en compañía de algunos amigos poetas, de pronto, atisé a unos cuarenta metros delante de nosotros, la grande y sólida figura de Raúl Gómez Jattin que avanzaba en sentido contrario al nuestro. Para mí fue una sorpresa, pues lo había conocido apenas unos meses atrás, en diciembre de 1987, en Barranquilla, con ocasión de un recital que él había ido a ofrecer al teatro Amira de la Rosa de esa ciudad. De allí partió para Cereté o Cartagena, no recuerdo bien, ya que residía en uno de estos dos lugares. Así que lejos estaba yo de pensar que pudiera hallarse entonces en Bogotá.

Pero era él, sin duda. Lo era con tanta certeza que los jóvenes poetas que me acompañaban, bogotanos, se alarmaron, empezaron a expresar el temor o la incomodidad que les producía el encuentro inminente con el poeta cartagenero, arguyendo que, debido a su locura, este era “pesado” o “peligroso” o “intimidante”, o todo eso a la vez, razón por la cual cada uno tomó la vía lateral que más se prestaba para su escape. Les manifesté mi gran extrañeza por esa actitud y les dije que yo, en cambio, sí quería saludarlo, pues, además de ser un poeta que admiraba mucho, no me parecía que fuera esa persona amenazante que ellos pintaban, sino, por el contrario, un tipo cordial, risueño, de agradable conversación, de acuerdo con la impresión que tanto a mí como a mis amigos barranquilleros nos había dado aquella vez en el Amira.

De modo que seguí marchando por aquella calle, rumbo a su encuentro, y no había dado cinco pasos cuando Gómez Jattin me reconoció. Nos saludamos con efusión y a grandes voces. Estaba acompañado por una mujer joven y bonita que, según me informó enseguida, era su enfermera. Entonces supe la razón por la que, cuando debía hallarse en la Costa Caribe, se encontraba en Bogotá.

Sucedió que, al poco tiempo de su recital en Barranquilla, sufrió una de sus ya más o menos frecuentes crisis mentales y su hermano Rubén lo había hecho internar en una clínica psiquiátrica de la capital. Ya estaba terminando el tratamiento y se hallaba bastante mejor, pero todavía no lo habían dado de alta. Le permitían, sí, algunas salidas por la ciudad,



Mural en Cereté, 2016.

pero siempre en compañía de la enfermera que le habían asignado para cuidarlo.

Esa mañana nos sentamos en un café cercano, bebimos cada uno un tinto, charlamos un rato y nos despedimos. Quedé invitado al acto de lanzamiento de su nuevo libro, titulado *Tríptico cereteano*, que iba a tener lugar en los próximos días en la Biblioteca Luis Ángel Arango. La obra estaba siendo editada por la Fundación Simón y Lola Guberek, a instancias del poeta Darío Jaramillo Agudelo. Gómez Jattin irradiaba felicidad por ese hecho.

volví a verlo con bastante frecuencia cuando ya había salido en definitiva de la clínica, casi siempre en distintos lugares y calles de La Candelaria: en la casa que yo compartía con otros dos jóvenes poetas (Rafael del Castillo y Robinson Quintero Ossa), situada en la carrera Segunda con calle 12, cerca de la plaza del Chorro de Quevedo; en la casa de Nubia Cubillos, en la calle 12F con la carrera Segunda; en la Casa de Poesía Silva, en la calle 12C con carrera Tercera; en las cercanías de la Universidad Externado de Colombia, donde Gómez Jattin era bastante conocido; en la plazoleta de la Universidad del Rosario, y en diversos cafés y restaurantes del histórico barrio. Recuerdo que Gómez Jattin, durante todo el resto de aquel año y hasta que se marchó de Bogotá (lo que ocurrió más o menos en octubre o noviembre), vivió en el Grand Hotel, un hotel viejo y barato situado en la calle 16 con carrera Quinta, frente al Museo del Oro, y que años después sería demolido.

Gómez Jattin no bebía entonces alcohol alguno; en lugar de ello, se fumaba toda la marihuana que fuera posible, faena en la cual éramos varios quienes lo acompañábamos. Una vez me invitó a la inauguración de la sede de la colonia de sus “coterráneos” cordobeses residentes en Bogotá. Su intención era vender ejemplares del *Tríptico cereteano*, que, además de los recitales de poesía, era la única “actividad económica” que él ejercía, y vaya que lo hacía bien. “Vamos y la pasamos del carajo”, me dijo. “Va a haber comida y trago gratis, y además voy a vender muchos libros”. “¿A cómo vas a vender cada ejemplar?”, le pregunté. “¡Eso depende del marrano!”, me contestó, y soltó su estruendosa carcajada.

En efecto, nos divertimos mucho, y él más que nadie, conversando aquí y allá con muchos conocidos, algunos de ellos famosos, como el cantante Noel Petro y el entonces presidente de la Cámara de Representantes, Francisco José Jattin, quien era pariente suyo y que fue el marrano a quien le vendió la copia más costosa de la noche.

Fueron aquellos unos ocho meses de largas y continuas conversaciones, casi todas en torno a la poesía y a la literatura en general. Gómez Jattin se mantenía muy poco tiempo sentado; solía pasearse por la estancia donde estuviera, hablando con una locuacidad y elocuencia admirables. Mientras lo hacía, eran muy cortos los períodos en que no tenía entre los dedos un

pitillo de marihuana, pues era un fumador insaciable. “¡Préndete el tabaco, Joacol!”, era una amable orden que yo oía cada rato cuando charlaba con él; acabé notando que lo decía tanto por necesidad, pues era en mí en quien recaía la tarea de desmenuzar la hierba, limpiarla de semillas y liarla en un fino papel de arroz, como por chacota, pues era evidente que le divertía la rima que formaba con la frase.

En cierta ocasión, anunció que lo habían invitado a una lectura de sus poemas en Cartagena. Lo hizo con gran alegría, pues le iban a pagar los tiquetes de ida y vuelta en avión, el hospedaje y unos buenos honorarios. Sería aquel el comienzo de su travesía por varias ciudades de Colombia en plan de poeta reconocido y celebridad.

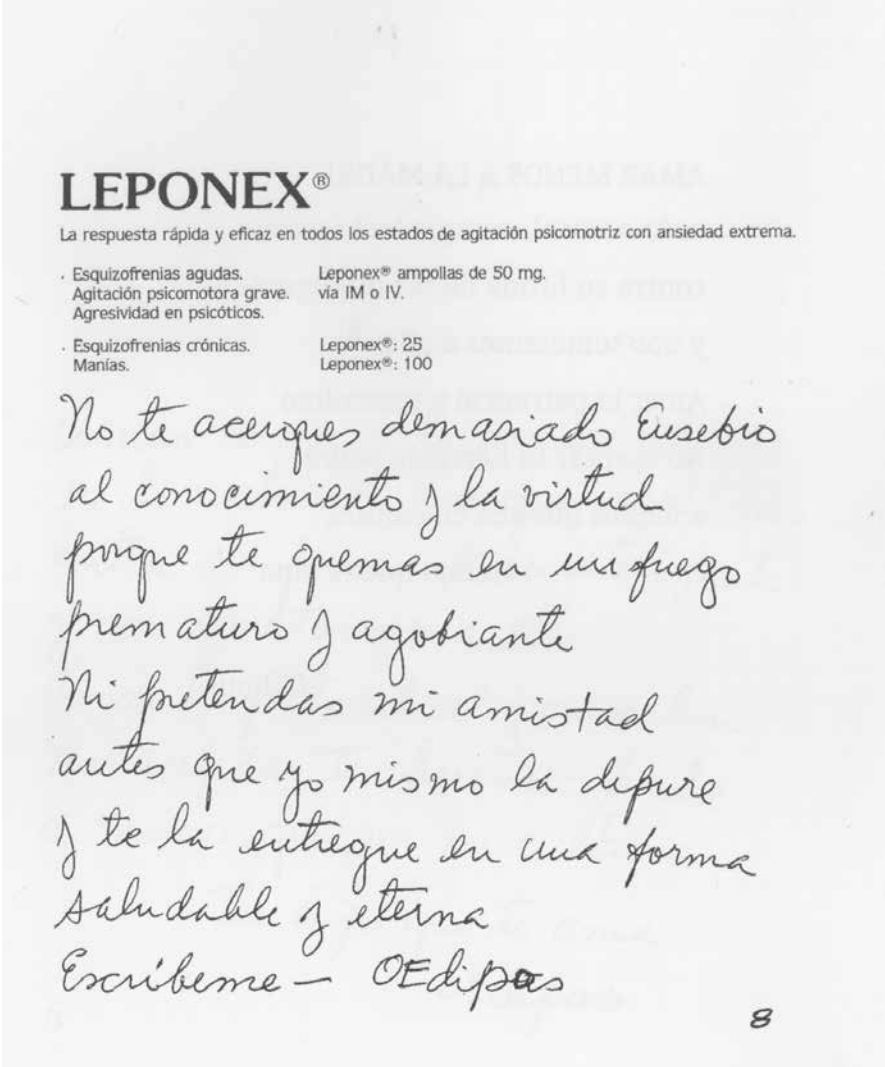
Pasaron los días y el poeta no daba señales de regreso. No se tenía la menor noticia de él. Entre los amigos comunes, llegamos a preguntarnos con extrañeza qué sería de la vida de Raúl. En vista de que pasaron semanas sin que apareciera, fui a buscarlo una mañana al Grand Hotel. Al llegar, encontré al dueño bastante alterado porque, según se quejaba, el señor Gómez había dejado sus efectos personales en la habitación que tenía alquilada y ya habían transcurrido varios días después de la fecha en que se había comprometido a regresar. “Ya no puedo esperarlo más, necesito desocupar la habitación para poder alquilarla a otro huésped”, me dijo. Me preguntó si podía hacerme cargo de las pertenencias del poeta y prometerle que se las iba a entregar cuando este regresara. Yo no le era del todo desconocido al hospedero y él sabía que de algún modo era amigo de su desaparecido huésped. Le dije que sí, de modo que subimos a la habitación en la segunda planta, con una amplia vista hacia el Museo del Oro y el parque Santander, y recibí los efectos de Gómez Jattin. Se trataba de un bagaje perfectamente portátil. No recuerdo que hubiera nada de ropa u otro tipo de bienes: todo se reducía a un exíguo montón de libros, revistas y papeles manuscritos y *mecanuscritos*. Con gusto me llevé aquel material para mi casa.

Mi memoria ya no es capaz de establecer con precisión el inventario del tal material. Sé que unos seis meses después, cuando volví a encontrarme con el poeta en Cartagena (se había quedado residiendo en esa ciudad, primero por fuerza mayor, debido a que, cumplido el recital

para el que había ido desde Bogotá, sufrió otro episodio de locura, en razón de lo cual fue internado en el hospital de San Pablo; y luego, una vez dejado el hospital, por decisión propia), digo, le devolví la mayor parte de sus pertenencias, entre las cuales figuraban algunos libros, cartas (había una que le había escrito el expresidente Alfonso López Michelsen para excusarse por no poder asistir a un recital suyo en la Casa Silva) y el manuscrito de una novela que había empezado a escribir en Bogotá, en el Grand Hotel. Recuerdo palabra por palabra su título: *Los pájaros del verano*. Precisamente el destino de esa novela tuvo que ver con mi decisión de no devolverle el resto del material.

Apenas una o dos semanas después de haberse devuelto (lo que le causó una feliz sorpresa, pues ya se había olvidado de ella), le pregunté por sus páginas y no supo darme la menor razón al respecto. En otras palabras, me dio a entender claramente que la había perdido en alguna parte de la que su mente no guardaba indicio alguno. La pintora Bibiana Vélez, por entonces su amiga más cercana, me confirmó el torpe revés. Si le devuelvo el resto de los documentos, pensé, los botará igual más pronto que tarde. Así que, por precaución, decidí conservarlos.

¿Qué eran esos documentos con los que me quedé? Aparte de dos libros, una antología de poesía de uno de sus poetas preferidos, Antonio Machado, en la que estaban subrayados títulos de poemas, largos pasajes de estos y versos sueltos, y una edición de Alianza Editorial de *El collar de la paloma*, el tratado sobre el amor del siglo XI del gran escritor andalusí Ibn Hazm, de Córdoba; se trataba de los originales de un conjunto de poemas que no se hallaban incluidos en ninguno de sus libros publicados, y en los cuales se distinguían bien dos grupos: uno compuesto por diecisiete poemas escritos a máquina y otro por 31 poemas escritos de su puño y letra en un recetario de Leponex, un antisicótico dibenzepínico. Este último tenía un título en la carátula del cuaderno: *Acerca de Edipo* (y no *Acerca de Oedipus*, como escribiría siempre en las páginas interiores), y estaba firmado, en el campo destinado para poner el nombre del médico, por RAUL GÓMEZ JATTIN, así, todo en letras mayúsculas, y sin tilde en la palabra Raúl. Dejo en sus manos, como si fuera una receta póstuma, una selección de esos versos de hotel salvados a la locura.



No te acerques demasiado Eusebio al conocimiento y la virtud porque te quemas en un fuego prematuro y agobiante ni pretendas mi amistad antes que yo mismo la depure y te la entregue en una forma saludable y eterna. Escríbeme



El padre (cualquiera sea su  
Categoría espiritual)  
a quien consultamos lo importante  
nos destruye –nos aniquila  
Se alimenta de lo nuestro:  
fuerza  
talento  
belleza  
y ni siquiera se da cuenta

Saber que solo he amado a mi madre  
y que estaba prohibido  
He ahí el terrible dolor

Pensando en mis hijos  
que me han defraudado siempre  
Quise a varios de ellos  
Y ninguno supo corresponder  
a mi deseo inmoderado  
de que ellos fueran  
mejores que yo

\*\*\*

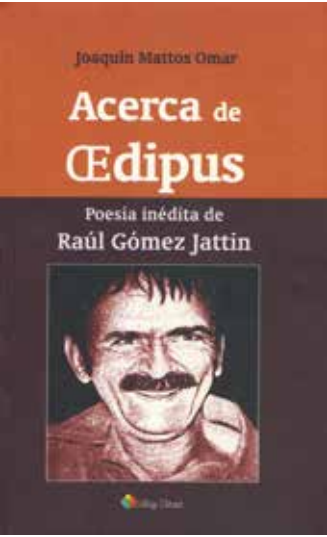
En las clínicas mentales  
lo peor son las monjas  
más violentas  
que agujas hipodérmicas  
que la fiebre y la locura  
La monja es una energúmena quieta  
En las clínicas mentales  
cuando lloro casi ríe  
Podría decir que la monja  
No es mala ni es buena simplemente odia  
todo lo que se mueve  
todo lo que vive  
todo lo que palpita  
todo lo que no sea  
su dios muerto

Oh Dios  
tú que no existes  
eres afortunado  
de no tener que cuidar  
todo el género humano  
En cambio yo  
muero cada día  
con el dolor del loco  
que destruyen los otros  
con el mendigo muero  
con en el enamorado triste  
sufro  
con la mujer confinada  
en un bar musical  
lloro  
y vuelvo a estar solo  
a comer el agrio pan  
del exilio  
entre tanta gente  
que a veces amo

*El infierno son los otros*  
Rimbaud

Cuando saben que viviste entre ellos  
a pesar de que no tenías su entraña  
y tu tiempo era trascendente y bello  
se preguntan qué llevabas en tu pecho  
tan callado –tan serio– tan verdadero  
cuando parecías no existir para la vida  
Esos libros los perturban –los asedian  
¿Por qué los nombras tan oscuros?  
¿Por qué no figuran como héroes?  
Cuando saben que viviste entre ellos  
tal vez se preguntan: ¿Por qué no lo matamos  
cuando aún no era conocido? ¿Por qué?  
Tal vez digan: ¿qué hace tu miseria  
tu tristeza –como símbolo de un pueblo?  
Nunca es tarde para hablar de ellos  
Para recordarles que tú no eras el tonto  
Para revivir algo que el arte siempre  
le ha tenido a la bruta vida: odio

Son hombres de dinero  
no de alma y cuerpo  
Son hombre de alta posición  
no de delicados sentimientos  
Son hombres de plata  
no de carne y hueso  
Son hombres de automóviles  
no de corazón tierno  
Son hombres de mansiones  
donde no hay libros  
cuadros ni canciones  
Son acaudalados hombres  
de inversión  
en la bolsa de valores  
Son hombres de crucifijo  
no de espíritu cultivado  
Son hombres  
que se hartan de manjares  
y no saben cocinar  
Son hombres dueños  
de campos y plantíos y animales  
y no aman la naturaleza  
¿Serán hombres? ☹



**Acerca de Edipo.**  
**Poesía inédita de**  
**Raúl Gómez Jattin**  
Joaquín Mattos Omar  
Collage Editores  
2018

TEMPORADA 2018 X  
MÚSICA & RECONCILIACIÓN

35  
FILARMED  
1983 / 2018

Jóvenes Talentos

Juan A. Cuéllar  
Fanfarrias y Lamentos  
Acompañada de la obra de la artista Beatriz González

H. Villa-Lobos  
Concierto para piano No. 5  
Solista: Juan Carlos de la Pava (Piano)

D. Shostakovich  
Sinfonía No. 5  
en Re menor Op. 47  
Director: Juan Felipe Molano

JUAN CARLOS DE LA PAVA

Ganador del  
Primer Concurso  
Jóvenes Talentos  
Filarmed 2018

SÁBADO 9 JUNIO

Teatro Metropolitano

Boletería: \$10.000 y \$20.000

5:00 P.M.  
De la música, antes

6:00 P.M.  
Concierto

www.filarmed.com

@filarmed

Puntos de venta: Tu Boleta, Taquilla del Teatro, Todo en Artes, puestos de revista de Almacenes Éxito. Descuentos: 25% Clientes Bancolombia y Clientes SODOS. 20% adulto mayor. Informes: 232 28 58 - 262 55 00.

Admisión

Agendamiento

Asesor

Gran patrocinador

MUSEO D ANTIOQUIA

68  
70  
72

BIENALES DE ARTE COLTEJER

Las Bienales de Coltejer tienen un nuevo espacio: visítelas en nuestra sala Promesas de la modernidad, dedicada a las vanguardias artísticas de la segunda mitad del siglo XX.

Un proyecto

Patrocina

Innovamos para ser cada vez más verdes: Paneles solares flotantes

Embalse El Peñol-Guatapé de EPM

Primer piloto de parque solar flotante en Hispanoamérica: energía solar.

368 Paneles solares

Comparan el desempeño del sistema flotante con otros tradicionales

Prueba de nueva tecnología con rigor técnico y científico

Transformamos la energía en soluciones innovadoras con visión de futuro.

Por ti, estamos ahí epm

Alcaldía de Medellín Cuenta con vos

Vigilado por SuperServicios



# La cuestión del sótano



por FEDERICO ARTEAGA

Ilustración: Camila López

La casa de su padre todavía está en Cali y a los vecinos del barrio se les hace menos extraño verla que a los que tiene en Bogotá. Va tan a menudo como puede; allá tiene sus recuerdos, sus libros, y el sótano.

No muchos lo saben y a pocos les importa, pero María Helena Döering es licenciada en Literatura y tiene una diéresis sobre la o; en la casa de su padre encuentra esta puntuación por todas partes. Con sus libros encuentra otras cosas: sus notas sobre Saussure y una pequeña carta de amor que le escribió a Manuel Seco; la conserva porque le avergonzaba la posibilidad de que los recolectores de basura dieran con ella y leyeran su confesión adolescente de idolatría hacia el gran filólogo desdentado.

Hay algo más preocupante que María Helena guarda entre las cubiertas de un falso poemario de Gioconda Belli. La nicaragüense jamás escribió *Almanaque de falos y tulipanes*, pero el título en el lomo del libro garantiza que nadie lo saque de su anaque. Bajo aquel amenazador título, Döering había mandado a empastar una cantidad de páginas en blanco a su regreso de Europa tras una acelerada carrera como modelo. Las primeras anotaciones eran espaciadas y describían su nostalgia por los fotógrafos de París y por la ginebra de cualquier ciudad extranjera; sin embargo, rápidamente se convirtió en un diario fechado y detallado sobre sus

preocupaciones acerca de la ficción especulativa y el asunto del sótano.

Lo de la ficción especulativa empezó en la universidad con una profesora que hablaba de la ciencia ficción con la reverencia y erudición que otros le invertían al existencialismo o al Siglo de Oro. Decía que aquel género habla del presente usando las herramientas de un futuro que se deriva de ese presente, y esa idea le encantó. El asunto del sótano comenzó en 1992, cuando Europa se había acabado y su padre desarrolló una tos que ningún jarabe podía curar.

Era una tos seca que siempre terminaba con un suspiro y la mirada clavada en algún punto del suelo. Los doctores, galenos, alópatas, facultativos, y profesionales de la salud lo examinaban con juicio, con muchos instrumentos, y con frascos llenos de flema de colores exóticos para llegar todos a la misma conclusión: “Tiene tos”. Después listaban las indicaciones generales para reponerse al catarro común y expedían sus saludables cuentas de cobro.

En Bogotá, María Helena Döering fue invitada al lanzamiento de una nueva mantequilla y resolvió llevar a su padre como acompañante. Tal vez el cambio de aire en otra ciudad sería beneficioso y así fue. Durante los tres días de su estadía el señor Döering no tosió ni una vez y sus ojos brillaban con el horizonte bogotano que entonces solo presentaba una delgada línea gris de polución, señal más de progreso que de

mala administración. María Helena estaba tan complacida con la mejoría de su padre que lo acompañó en su viaje de vuelta a Cali para cerciorarse de su completa recuperación.

Esa noche la despertó el sonido de una tos seca que venía de la habitación de su padre. Descalza y en albornoz abrió la puerta del cuarto y lo encontró sentado en la cama con un gesto cansado. Tosió dos veces y dijo: “Donde esto siga así...”. No terminó la oración porque un suspiro profundo se le llevó la mirada a una esquina del guardaescobas.

Ella regresó a sentarse en su propia cama escuchando aquella tos. Sus ojos, azules y famosos, leyeron en el guardaescobas la media frase de su padre: “Donde esto siga así...” y recordó a su profesora de universidad.

“Si todo sigue así...” era uno de los postulados informales de la ficción especulativa y era el que introducía las peores posibilidades de desarrollo en una trama porque su proyección partía de un presente real, activo y problemático. “Si todo sigue así...” normalmente va seguido por “... las cosas no van a salir bien”.

La causa de la tos estaba en la casa. Minutos después de salir, su padre dejaba de toser y podía mirar el suelo sin suspirar. “Donde esto siga así”, se dijo María Helena, “mi papá no va a durar”.

Ella misma limpió y desinfectó la casa pero la tos no menguó. Aplazó varias sesiones fotográficas para explorar la casa hasta dar con el origen de la tos

de su padre. Tras descartar todos los sitios de la casa que él frecuentaba, fue a los cuartos donde él nunca o casi nunca entraba. Así fue como después del altílo y el garaje, María Helena bajó al sótano donde rara vez iban sus hermanos a buscar cosas de otros tiempos y la señora empleada de la casa a prender y apagar el calentador de agua.

Tenía un tapabocas cubriendo la mitad de su cara por donde podían salir cuatro idiomas. Movié cajas y barriles buscando alguna humedad o un escape de gas. Detrás de una vieja cabecera de cama, sobre la pared, había un hongo blanco y suave con la forma del mapa de algún país desconocido. Tal vez era la oscuridad del sótano, pero a María Helena le pareció que el hongo, de una forma sutil, casi imperceptible, vibraba.

Si se le hubiera preguntado entonces por qué decidió no contarle a nadie, no habría sabido qué responder. Quizá aún no lo sepa. Solamente subió al estudio, buscó una linterna para inspeccionar el asunto más de cerca, agarró un lapicero y el falso libro de Gioconda Belli en el que extrañaba activamente todo lo europeo y volvió al sótano.

Nunca ha necesitado gafas, pero aquella vez tuvo que hacer un esfuerzo para auscultar tan de cerca como fuera posible la blancuzca y porosa superficie del hongo sobre la que apuntaba la linterna. Podía venir de una humedad o simplemente del tiempo; hay cosas que no necesitan una razón para ser, las

condiciones son propicias, se conjugan, y de repente existe algo que antes no había existido.

Abrió el *Almanaque de falos y tulipanes* de Gioconda Belli y en una hoja en blanco escribió la fecha, dibujó el rectángulo de una pared y encima garabateó la forma del hongo. Debajo escribió: “Donde esto siga así...” y pensó cómo terminar la oración.

Donde esto siga así, el hongo crecerá hasta comerse la pared. Donde esto siga así, la pared se va a debilitar y van a dañarse los cimientos de la casa. Donde esto siga así, el hongo va a crecer drenando la vitalidad de mi papá hasta consumirlo.

Paró después de anotar esta última posibilidad y la recorrió un escalofrío de miedo. Estaba fantaseando, por supuesto —no todas las fantasías son felices—, y la posibilidad era más improbable que remota. Pero haber recordado las clases de su profesora por esos días, encontrar el extraño hongo, y tomar notas en su libro falso la habían preparado para concebir ideas extrañas. “*Eppur si muove*”, dijo en voz baja dentro del tapabocas recordando a Galileo cuando creyó lo que para todos tenía que ser imposible.

A pesar de la insistencia de su hija, él no quiso hospedarse en casa de su hermana ni pasar unos días en un hotel mientras removían el hongo.

—Pero, papá, ¿y si te agravas?

—Pues me muero en mi casa —dijo el viejo en un refunfuño que no admitía discusión.

¿Y si te agravas? Pues me muero en mi casa. María Helena repitió la conversación en su cabeza parada frente al hongo con su tapabocas, su linterna, y su cuaderno. Bajo una nueva fecha empezó a discutir consigo misma en las páginas del *Almanaque* que el segundo postulado informal de la ficción especulativa no había aparecido por casualidad en la evolución del problema de su padre. “¿Y si...?” —según explicó su antigua profesora— introduce cambios, desviaciones en el curso de la vida. No era casualidad, era progresión. Y nada se desviaba más de la vida que la respuesta de su padre.

Una vez más hizo un listado de los escenarios a considerar. ¿Y si el hongo sigue expandiéndose? Consumirá a mi papá. ¿Y si arranco el hongo y su vitalidad está conectada de alguna manera a la de mi papá? Entonces arrancarlo sería el fin de ambos. ¿Y si no lo arranco todavía? Ambos sobreviven. ¿Y si yo soy inmune al hongo? Entonces tengo poder sobre él.

Cerró de golpe el libro y abrió los ojos concentrada en el enemigo con un miedo irracional, pero no por eso menos real: que el hongo estuviera siguiendo la lectura de sus pensamientos a la vez que los registraba en su diario.

Tuvo que regresar a Bogotá durante un par de semanas para grabar algunas escenas y destapar el resto de su cara donde vive la sonrisa que la asegura como embajadora de varias marcas. En la noche, al teléfono, escuchaba y evaluaba la tos de su padre y hacía conjeturas en el falso libro de Gioconda Belli. Una noche se sorprendió con preocupación al sentirse casi aliviada de escuchar a su papá toser: eso significaba que hongo seguía en su lugar del sótano.

A su regreso a Cali traía una idea que ni siquiera había consignado en su diario por temor a que, de algún modo incomprensible, el asunto del sótano se enterara de lo que tramaba.

Buscó entre sus libros de la universidad las fotocopias y los textos recomendados por aquella profesora abogada de la ficción especulativa. Había un tercer postulado informal que podía utilizar como arma (¿o soborno?) frente al hongo. Ya habían atravesado los umbrales de “Si todo sigue así...” y de “¿Y si...?”. Ahora podía preparar el escenario del futuro invocando el tercer enunciado: “Si tan solo...”, la llave que permite explorar las mieles y los peligros del porvenir. “Si tan solo...” pone la imaginación en oposición al destino y la convierte en un factor del argumento.

María Helena Döering bajó al sótano después de darle las buenas noches a su padre. Se puso un tapabocas, abrió su diario, y anotó en una página fresca con letras mayúsculas bajo una fecha clara y triunfal: “SI TAN SOLO EL HONGO FUERA LA FORMA ELEGIDA POR MI PAPÁ PARA PERPETUARSE EN ESTA CASA”. Cerró el libro. El hongo, que sin lugar a dudas se movía con una vibración a la que ella se había acostumbrado, se quedó quieto, como si pensara en la manera en que únicamente los hongos pueden pensar. Incluso con el tapabocas puesto, los ojos azules se rasgaron complacidos delatando su sonrisa.

Los viajes de María Helena a Cali se han hecho menos urgentes. Visita a su padre y lo cuida aunque todos saben que, para su edad, el señor Döering tiene una salud admirable y su único achaque es una tos seca que lo acompaña hace años. Ella le ayuda a moverse por la casa, a acostarse, y pasa largas horas en el sótano donde una de las paredes tiene un hongo blanco y suave como el pan, un hongo que vibra ligeramente y ha asumido la forma en relieve que tenía la cara del padre cuando era un joven de ojos curiosos y conversación serena, dedicado a enseñarle a su hija todo sobre la vida.

En el *Almanaque de falos y tulipanes* de Gioconda Belli, María Helena Döering registra las conversaciones que con tiempo y trabajo ha aprendido a tener con su padre perpetuado. Cuando regresa a Bogotá y viaja a otros países modelo, actúa, posa, se ríe, y habla mucho sobre el futuro. Ser diva es la parte fácil. ☺

Trabajos de calle,  
*historias de amor*



Fotografías de Juan Fernando Ospina

Inauguración  
**Viernes 8 de junio • 7:00 p.m.**  
Dir.: Cra 50 # 55 - 11  
Palacé x Perú

**Gastronomía personalizada**  
**Embutido artesanal**



**Lunes a sábado:**  
12:00 m a 3:00 pm y  
6:00 pm a 10:00 pm  
**Domingo:** 12:00 m a 6:00 pm

Cra 43 #54-60  
Tels.: 5818538 - 3207908977

**Un lugar tranquilo**  
Federico Vélaz



“En esta novela el autor concretó un libro sorprendente, caleidoscópico. Un relato policial y erótico mas allá de las normas de género.”

Martín Caparrós, Mario Jursich y Santiago Gamboa  
Jurados del XIII premio Nacional de Novela Cámara de Comercio.

A Domicilio  
Bookin Home: 3184455985 - 4110246 Ext. 118

Librería El Licenciado  
Mall Llano Grande - Rionegro / Antioquia  
3227178366



# Conversaciones en la veredal



Mayo de 2017.

—Andrea, ¿sí me va a acompañar?, ya voy saliendo.  
—¡Claro! ¿Es lejos?  
—Pues hay que salir de la zona, debemos ir a la vereda, donde están los civiles. Allá está él, me está esperando en la escuela.  
—Bella, yo sé que la pregunta es idiota pero... ¿estás nerviosa?  
—¡Uf, mijá! Yo no sé ni qué es lo que estoy sintiendo.  
—Bueno, calma, que todavía falta, ¿no?  
—Míreme las manos, estoy casi temblando.  
—¿No sabés dónde ponerlas?  
—Uy sí, mijá, es que por dentro siento de todo... Mire, ahí viene la monja que le conté, ella es la que me ayudó a encontrar a mi hijo.  
—Yo todavía no lo puedo creer, llevás diez años buscando a tu hijo, ¿de verdad ella lo ubicó en quince días?  
—¡En menos de quince días! Ay, mijá, yo no sé por

qué suceden las cosas así, yo llevaba años buscando al niño y nada. Desde que empezaron los diálogos en La Habana lo empezamos a buscar. El comandante del frente le pasó los datos al gobierno, y nada. Yo le pedí el favor a los del Mecanismo de Monitoreo, y nada; le pedí el favor a varios periodistas, y nada; ¡hasta a la Cruz Roja le pedí el favor de que me ayudaran a ubicar al niño, y nada! Nadie daba con él. Yo pensé que ya no lo iba a encontrar.  
—¿Y cómo diste con la monja?  
—Pues ella vino un día en una comitiva a visitarnos, a hablar con los guerrilleros, a conocernos. Cuando la vi, a mí me dio curiosidad, y pues también quise hablar con ella. Me le acerqué y le pregunté de dónde era y resultó que era de la misma zona a la que se llevaron a vivir a mi hijo. Entonces le conté mi historia y le pedí que lo buscara.  
—¿Cuándo te separaste de él?

## Texto y fotografías por ANDREA ALDANA

—A los tres meses de nacido.  
—¿Y por qué pensabas que el niño seguía allí?  
—Porque era mi única esperanza.  
—¿Tu única esperanza?  
—Sí. Yo no tenía idea de dónde más podría estar el niño. Cuando tenía tres meses se lo entregamos al tío, que era el hermano del papá. El papá también era un guerrillero, era mi compañero, pero como a los dos años se desertó. Él se fue y se llevó todo con él, los teléfonos, los contactos, no me dejó nada y nunca pude volver a ubicar al niño. Pero el tío era de pocos recursos y cuando conocí a la monja de inmediato pensé en que era posible que la familia del niño siguiera viviendo allá.  
—¿Y cómo lo ubicó la monja?  
—No sé, apenas me va a contar.  
—¿Por qué te separaste del niño?  
—Porque la guerra es así. Cuando yo quedé embarazada seguí en el campamento, me quedé como hasta los seis meses, pero después el comandante me ubicó en una casita a las orillas del río Sinú. Allá mismo tuve al niño. Los compañeros siempre acampaban cerca y yo me iba con el bebé para allá, pero cuando el niño cumplió tres meses el Ejército empezó a bombardear toda la orilla del río, eso era bomba tras bomba por todo el Sinú. Entonces el comandante me dijo que era mejor pensar en reubicar al niño, que me iba a doler la separación pero que si el niño moría en un bombardeo eso iba a ser más doloroso y ahí sí me iba a destrozar. Ay, mijá, y así fue. El día que entregué a mi hijo sentí que no iba a poder seguir viviendo, estaba sin fuerzas, pálida, que me desmayaba, le dije a los compañeros que no podía seguir. Me tuvieron que esperar sentados en una chalupa mientras yo me sentaba en el piso de una puerta a llorar. Lloré como cuatro horas seguidas.  
—¿Y nunca pensaste en dejar a las Farc? ¿Vivir con tu hijo?  
—No, no era una opción. Uno entra a la guerrilla por una causa, por un país que quiere cambiar. ¿Qué vida le iba a poder ofrecer a mi hijo en un país así? ¿Qué vida cuando lo único que sabía era combatir? Ay, mijá, es que en el campo el país es muy duro, esta es otra Colombia... Además, también estaban los paras, era la época en que los paras asesinaban a todo el mundo, fue cuando masacraron a todos los campesinos que nos colaboraban y todo el mundo sabía que yo era guerrillera. No tenía opción. Si me iba de la guerrilla lo único que tenía seguro era la muerte, los paras me hubieran encontrado ahí mismo. Eso no es vida para un hijo.

—¿Y ahora?  
—¿Ahora qué?  
—¿Qué va a pasar?  
—Yo no sé, yo estoy muy feliz, ahora quiero encontrar la forma de poder ver crecer a mi hijo sin perturbarlo a él o a su nueva familia. ¿Sabe una cosa? La monja me dijo que el niño siempre supo que su mamá estaba en el monte... Once años y siempre lo supo.  
—¿Cuántos años tienes en las Farc?  
—Más de los que tenía cuando ingresé.  
—¿Te arrepientes?  
—No. Es la vida y a mí me tocó esta. No me arrepiento, pero a la guerra no volvemos. Aquí nadie quiere matarse, todos queremos vivir. Yo quiero ver a mi hijo crecer. Ayer en la tarde la profe Mafe me decía: “Marce, a vos qué te pasó, vos nunca sonreís y hoy no sos capaz de esconder la sonrisa”. Le conté que por fin había encontrado a mi hijo y se alegró conmigo... Yo solo quiero conservar esa sonrisa.  
—¿Has cambiado tu forma de pensar ahora dentro de las Farc?  
—No. No la forma de pensar, más bien la forma de hacer la lucha. Y no solo yo, todos. Aquí queremos seguir luchando, solo que ahora es una lucha sin armas.

**Zona Veredal Transitoria de Normalización ZVTN, Antioquia**



Febrero de 2017.

—¿Entonces sentiste rabia cuando ganó el No?  
—Rabia no, más bien impotencia. Cuando eso pasó nosotros estábamos en Solano, ¿conoces Solano?  
—No.  
—Solano es un municipio que queda a orillas del río Caquetá y siempre fue un fuerte de las Farc. Porque hay que reconocerlo, el Estado allá eran ellos, y eso pasaba en varios municipios de este país, no es un secreto. Bueno, cuando ganó el No, fue horrible, todos nos mirábamos asustados, desconcertados, tristes, hasta ganas de llorar daban.  
—¿Tristes?  
—Sí, y mucha gente llamaba dizque a felicitarlos.  
—¿A felicitarlos?  
—Sí. Nos decían que como fuerza pública debíamos estar contentos. Nadie sabe qué es una guerra si no la ha vivido. A mí me llamaban y yo casi insultaba y respondía que no tenían idea de qué era vivir bajo el temor de un ataque, un combate, una pipeta. Pensamos que después de eso la guerra se iba a recrudecer. Y nosotros ahí, en Solano, puro territorio de Farc. No te imaginas cómo se siente cuando se pierde la esperanza.  
—¿Y la recuperaron?  
—¿Qué?  
—La esperanza.  
—Uy, sí. Cuando el Congreso refrendó el acuerdo. Te lo juro, casi hicimos fiesta. Pero nos tocaba calladitos, disimular. Este país confunde el no querer morirse en una guerra con ser santista o simpatizante de la guerrilla.  
—¿Creíste que la guerrilla iba a cumplir?  
—Al principio no. Yo creo que nadie pensaba que el proceso se iba a dar. Pero luego los vimos caminar hacia las zonas veredales. A mí me tocó escoltarlos. Fue impactante ver que eran campesinos; hombres y mujeres campesinos. Y todavía llevaban fusiles pero no había hostilidad.  
—¿Y ahí empezaste a creer en el proceso?  
—Sí y no. No fue ahí exactamente, fue cuando llegaron por el río. Eran muchos, y cuando llegaron en sus embarcaciones, el que era el comandante se bajó, se acercó a mí, y yo estaba serio; sosteniéndole la mirada. De pronto se quitó la gorra, me extendió la mano, y me dijo: «Teniente, parecíamos imbéciles matándonos entre nosotros».  
—¿Y qué hiciste?  
—Le estreché la mano y respondí: «Completamente».

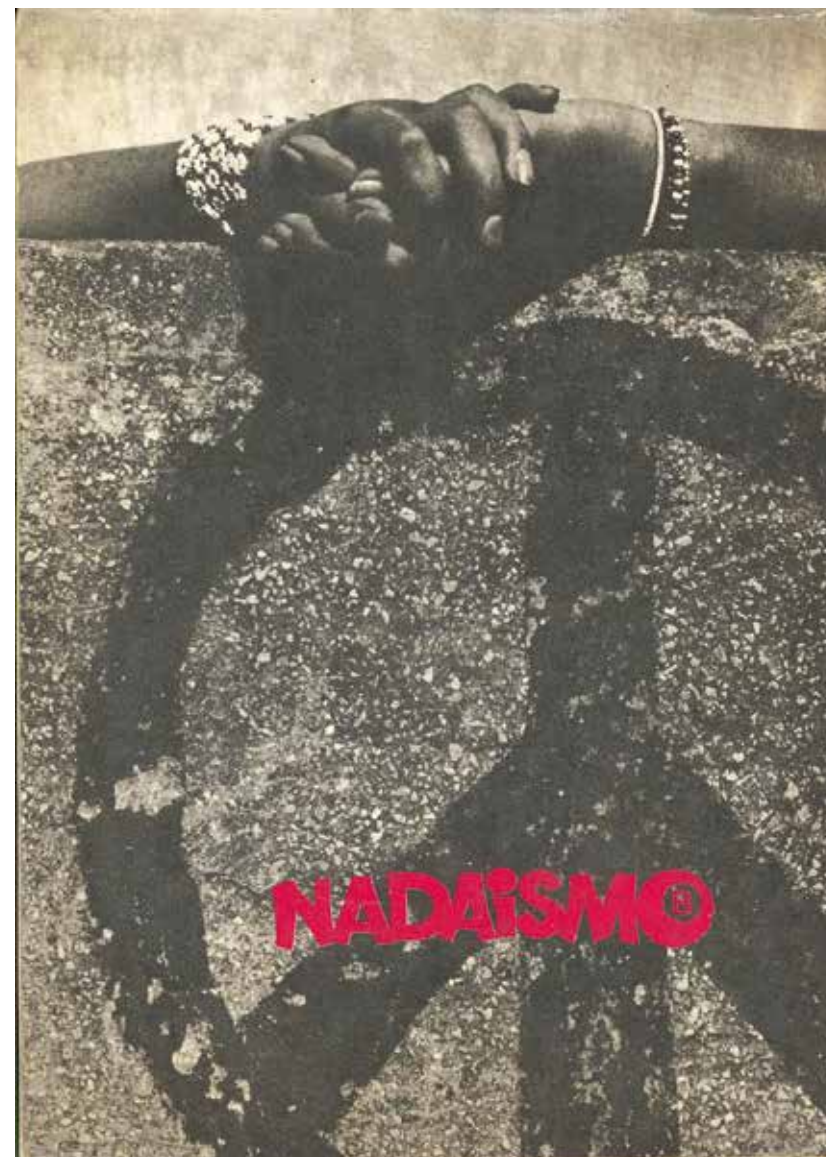
**La Guajira** ©





## Nadaísmo, años de revolución

**Dos** conmemoraciones acaban de pasar y sus coletazos aún remueven los cimientos del establecimiento. En mayo pasado se cumplieron cincuenta años de la revolución juvenil inspirada por los estudiantes europeos Daniel Cohn-Bendit y Alain Krivine en París, que dio nombre a las revueltas de Mayo del 68; y también, los sesenta años del surgimiento del movimiento nadaísta que tuvo como epicentro a Medellín y fue inspirado igualmente por estudiantes y desencantados del sistema, entre quienes se encontraban Gonzalo Arango, Jaime Jaramillo y Amílcar Osorio, entre otros. Dos portadas de la revista *Nadaísmo* 70, publicación que en sus ocho números circuló como manifiesto visual y literario del movimiento entre 1970-1971, son ilustrativas del giro cultural vivido en el mundo y en nuestra ciudad para esa década. Hacen parte de los archivos documentales de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto. La primera es una fotografía cedida por León Ruíz a los jóvenes editores nadaístas para ilustrar la portada. La imagen sintetiza no solo la simbolización del ícono del movimiento *hippie*, sino la postura desinhibida y hedonista de la juventud frente al estilo de vida consumista. La segunda imagen es del fotógrafo bogotano Hernán Díaz y tanto esta como la historia fotográfica desplegada en su interior expresan las búsquedas de la libertad, el amor y la revolución sexual en una sociedad, aún hoy, tradicionalista y retrógrada.



Archivo Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.



Archivo Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto.

**CESDE**  
CONOCIMIENTO SIN LÍMITES

## UN NUEVO CESDE TE ESPERA EN EL CORAZÓN DEL CENTRO DE LA CIUDAD

¡PREPÁRATE CON LOS MEJORES!

28 programas técnicos creados para que desarrolles tu potencial y generes un impacto en el mundo de hoy.

- Asistente Administrativo
- Asistente en Diseño Gráfico
- Soporte de Sistemas Informáticos
- Arte Culinario
- Asistente en Producción Fotográfica
- Atención Integral a la Primera Infancia y muchos más!

**MATRICÚLATE HOY 229 11 00**

Para + info visita [www.cesde.edu.co](http://www.cesde.edu.co)

Frente al tranvía de Ayacucho, Pabellón del Agua

**El rock**  
en  
**Antioquia**  
está en  
**Radiónica**  
**99.9FM**

radiónica  RTVC





**PIZZERIA**  
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.  
Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Reservas: 254 45 10

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.  
Es un momento de conexión con el otro,  
por medio del cual tenemos la posibilidad  
de recordar que la vida, con toda  
su magia y creatividad  
es INFINITA

Carrera 64C # 48-188  
Suramericana 5 local 101

Restaurante  
**EI ARBOL DE LA VIDA**  
Comida Natural

**Teléfono: 2302522**

Construimos Sitios Web  
para móviles y Apps

Piensa  
hacia donde  
diriges tu  
estrategia...

**Cohete.net**



**MÚSICA EN  
VIVO VIERNES  
Y SÁBADO**

Cll 47 #42-48 Local 104  
Torres de Bomboná  
**Tel. 2170489**



*Divino niño de  
El Guanábano,  
patrono del antro  
de redacción*

**BAR EL GUANÁBANO,  
28 AÑOS FORMANDO  
JUVENTUDES**

**EXLIBRIS**  **café  
libros  
repostería**

• Menú del día  
siempre delicioso  
• El mejor café  
• Repostería  
• Libros de todo  
tipo con énfasis  
en ilustrados

**Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo  
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9**

**CULINARIA SUIZA**  
Almuerzos • Sánduches  
Pastelería y pan suizo  
Café de origen • Zumos  
Ginger beer • WIFI

 **BUN•DI**  
CAFÉ BISTRO

 **@BUNDI\_CAFEBISTRO**  
**CALLE 53 # 42-15**  
Lunes a sábado  
9.30 a.m. - 6 p.m.

HAY PIEDRAS  
CON LAS QUE  
VALE LA PENA  
**TROPEZARSE**  
MÁS DE UNA VEZ

**OPALO**  
bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 12:00 M  
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

Tienda & Cocina  
**Vegetariana**

Cra 45 (El Palo) #52 63  
Edificio Palomar  
Lunes a viernes 8:30 a.m a 7:00 p.m  
Sábados 8:30 a.m a 4:00 p.m  
**Tel. 251 66 85**

**Nuestros servicios**  
• Esterilización colectiva y  
personalizada de perros y gatos  
**Somos ESPECIALISTAS**  
• Limpieza dental

Cuida la salud  
de tus animales  
**¡Llámanos! 317 6490682**

**raya**  
Red de Ayuda a los Animales

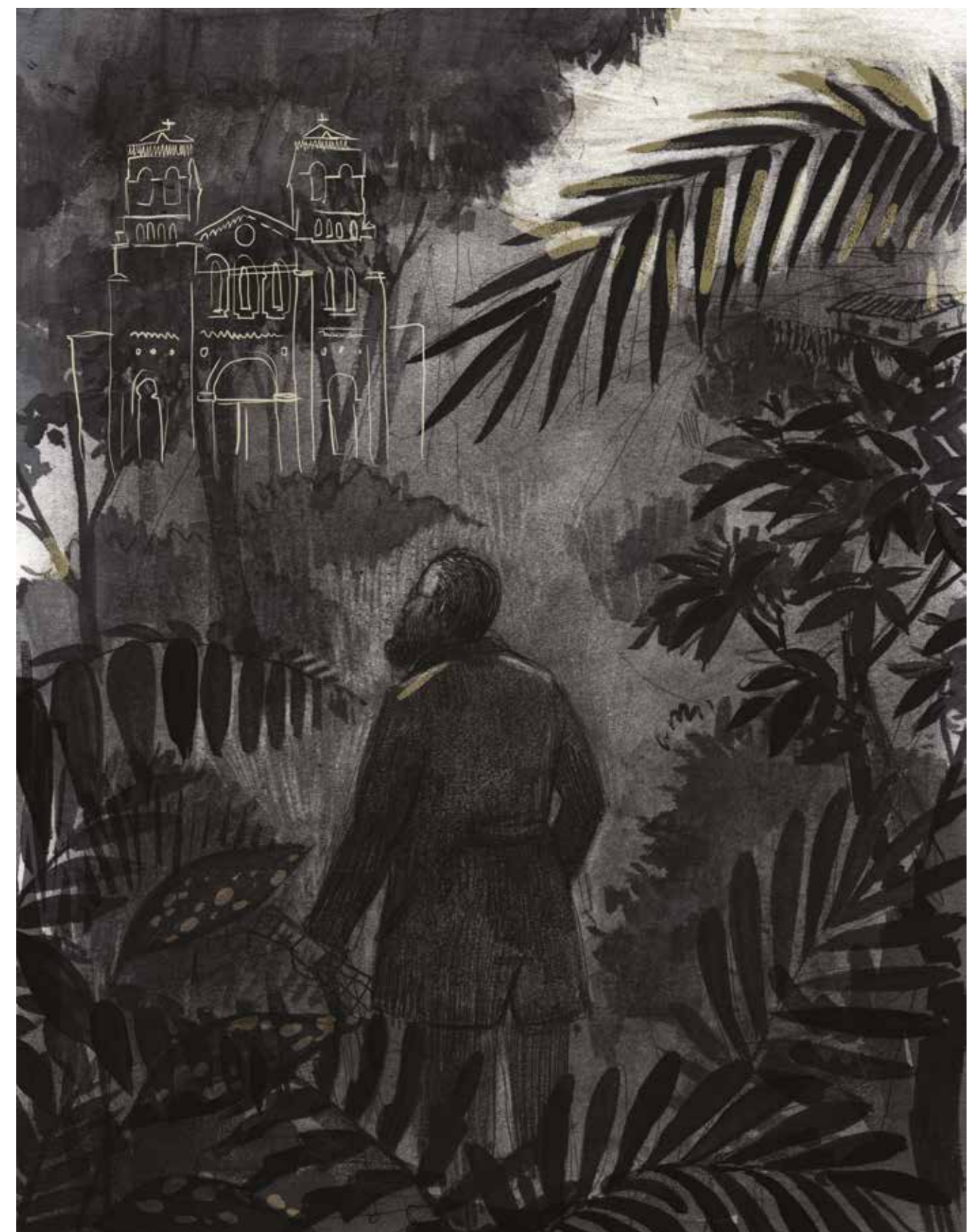
## La Catedral de Villanueva

Para tratar sobre la magna obra, tuvo lugar la primera reunión el 7 de abril de 1870 (...) Desde propio momento se eligió para la construcción el lugar llamado “Plaza de Villanueva”, en el cual tenía terrenos de su propiedad el señor Tyrrel Moore, de grata memoria, quien ofreció vender lo que hiciera falta para la construcción; o sea, tierra adyacente a un lote que ya él había obsequiado a la ciudad futura, con dos fines: el de levantar un templo católico, y el de honrar la memoria del Libertador en sitio abierto que llevara el nombre de “Plaza de Bolívar”. Fueron también donantes de terreno en dicho espacio, los señores doctor Manuel Urbe y don Castor M. Jaramillo.

Lisandro Ochoa (1948)  
*Cosas viejas de la Villa  
de la Candelaria*

Considere, señor mío, cómo la Catedral es lo primero que admira. Y es que en realidad nuestra Catedral de Villanueva constituye el primer orgullo de la raza. Es una obra colosal que, según los más reputados estetas, debe ser contada entre las maravillas arquitectónicas del mundo. Su inmenso tamaño hace que sea la primera mole en adobe cocido de todo el universo. La pureza del estilo románico, ajeno a toda suntuosidad, la torna a la vez tan majestuosa como severa, digna casa de Dios. La proporción acertada en todas sus partes hace que no advirtamos que es alta siendo el edificio más alto de la ciudad; ni que es grande, siendo incomparablemente mayor que cualquier otro edificio. Pero vista a distancia, como la ven ustedes, en esta altura desde donde se domina a Medellín como de ninguna otra parte, puede apreciarse cómo la Catedral de Villanueva emerge desde la entraña misma de la ciudad católica y levanta su pináculo domeñadora.

Jaime Sanín Echeverri (1948)  
*Una mujer de 4 en conducta*



Tyrrel Moore sueña con el Parque de Bolívar. Dibujo de Elizabeth Builes, grafito y tinta china sobre papel, 2016.

Este dibujo de Elizabeth Builes hace parte de la exposición Memorias de una Villa Nueva, la historia de cuando la vieja Medellín cruzó la quebrada Santa Elena y conquistó el Norte.

Visítela hasta el al 19 de Julio de 2018  
Miércoles y jueves de 2 p.m. a 5 p.m. en la Casa de la Cultura y la Cooperación CONFIAR  
Calle 54 # 46-83

Entrada libre con inscripción en la página web: **www.confiar.coop**  
O contactando a la línea confiable **4441020**

Un proyecto de Confiar y de Universo Centro



**lenteja  
express**

*Simplemente Natural*

**Poblado**  
Carrera 35 # 8A- 76  
PROVENZA - Tel: 5802228

**Bogotá**  
Calle 66 # 7-21 - Local 3  
CHAPINERO - Pbx: 7044883

**Laureles**  
Circular 74B # 39B-122  
AVENIDA JARDÍN - Tel: 5825544

**Universidad Nacional**  
Calle 59A # 63-20  
Al frente del BLOQUE 14 - Cel:3146141331

  **@lentejaexpress**  
**www.lentejaexpress.com.co**





**cinéfagos.net**

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,  
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

f /cinefagos.net

@cinefagosnet



**PREMIOS**  
nacionales de cultura  
Universidad de Antioquia  
2018

**Convocatoria**  
hasta el 29 de junio

36.º Premio Nacional de Literatura,  
modalidad cuento

44.º Salón Nacional de Artes,  
especializado en dibujo

8.º Premio Nacional de  
Investigación y Gestión Cultural,  
modalidad estudios culturales

Premio Campus 50, escultura monumental

Mayores informes:  
[www.udea.edu.co](http://www.udea.edu.co)  
[premioscultura@udea.edu.co](mailto:premioscultura@udea.edu.co)  
[57+4] 2195169 / 2195175 / 2195177



**UNIVERSIDAD**  
**DE ANTIOQUIA**



**MINCULTURA**



Evento Apoyado por el Ministerio de Cultura  
Programa Nacional de Concertación Cultural





Hay **algo más** ahí afuera

# UNIVERSO FANTASMA

La búsqueda de la **Materia Oscura**

**Nuevo show domo Planetario**

Narrado por  
**Flora Martínez**

